

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 289.

Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Nuevo jardín en los Campos Eliseos; grabado. — No hay culpa sin pena. — Los presidiarios en Francia; grabados. — Un manuscrito de Kant. — Ensayo histórico-crítico sobre los poemas de Homero. — Revista de París. — Vista del boulevard de Sebastopol; grabado. — La feria de las vanidades. — Un interior persa; grabado. — Gran concierto en el Palacio de la Industria; grabado. — Corona solar observada en el Delidano; grabado. — Lengua y literatura de los principa-

dos danubianos. — Por no ser trece. — Tres jóvenes del Senegal en Francia; grabado. — Desembarco de tropas francesas en Pondichery; grabado.

Nuevo jardín

EN LOS CAMPOS ELISEOS.

Cada día se embellecen mas y mas los Campos Eliseos

de Paris, ese paseo soberbio sin rival en el mundo. Hé aquí un dibujo que representa uno de los últimos embellecimientos introducidos. El vasto espacio que se extiende entre el palacio de la Industria y el *Cours-la-Reine* se halla hoy cubierto de jardines. Se ha levantado el suelo, se ha figurado un terreno quebrado, y en breve hermosos grupos de árboles darán sombra á ese bonito valle que atraviesan en todos sentidos calles espacijas donde florecen á porfia la rosa y el jazmin.



NUEVO JARDIN PLANTADO EN LOS CAMPOS ELISEOS, CERCA DEL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

NO HAY CULPA SIN PENA.

NOVELA ORIGINAL

POR LA

SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

DEDICATORIA

A LA SEÑORITA DOÑA PAULINA SEGUNDA SINUES
Y NAVARRO.

Ninguna obra te habia dedicado hasta hoy, querida hermana mia, creyendo quizá que te habia dado tantas pruebas del tierno cariño que te tengo, para que necesitases esta mas para convencerte de él: tu extrema juventud, por otra parte, habia detenido mi mano al ir á estampar tu nombre al frente de una novela de pasiones; mas hoy que llegas á la edad en que estas son mas fuertes y peligrosas, quiero dedicarte este pequeño cuadro á fin de que veas en él los males que ocasionan cuando no se reprimen con el freno de la religion y de la modestia.

Felizmente la educacion que debemos á nuestros amados padres, difiere mucho de la funesta que hizo á Regina tan infeliz; pero deseo que esta misma ventaja te enseñe á agradecer á los seres que te han dado la vida, los desvelos que se han tomado para formar tu corazon y tu carácter.

Tú eres quizá mas bella que la hija de los marqueses de Villalta, porque tu dulce y risueña belleza es mucho mas simpática que la soberbia y magnífica hermosura de mi heroina. ¡Ojalá contribuya esta pequeña historia á hacer igualmente dulces y suaves tus sentimientos, y ojalá que la paz de tu plácida frente se refleje siempre en tu corazon!

El carácter de Regina es un diamante riquísimo, pero tosco, porque nadie se ha cuidado de pulirle: el tuyo es una perla, aun medio velada entre su blanca concha, que nuestros padres han empezado á abrir. ¡Plegue á Dios que acabe de purificarla tu amante hermana!

MARIA DEL PILAR.

Madrid 19 de diciembre de 1857.

No hay culpa sin pena.

No lo olvideis jamás: no hay sociedad ni vida sin el deber; y la religion no es en sus preceptos mas que el deber mismo: sus doctrinas son el conjunto de las verdades que forman la base inmutable, eterna del deber.

(LAMENNAIS. — *El Libro del pueblo.*)

I.

El marqués Pablo de Villalta era en el año de gracia de 1838 uno de los nobles mas opulentos de las dos Castillas.

La nobleza de su título, aunque apoyada en muchos pergaminos, no era de las llamadas rancias que tanto veneraban nuestros abuelos; pero el marqués habia ganado honradamente y peso á peso su colosal riqueza y su familia pertenecía á la aristocracia mas elevada.

Hijo cuarto del duque D... habia seguido la carrera del foro, ejerciendo durante muchos años su honrosa profesion: la mas severa probidad era el norte de todas sus acciones, y como Dios protege los esfuerzos de la honradez, Pablo de Villalta salió bien de algunas empresas arriesgadas en que se habia interesado, y por resultado de sus desvelos, llegó á reunir una fortuna de doce millones de reales.

Cuando se vió tan rico y próximo á cumplir treinta y tres años, pensó en casarse y se fijó en la señorita Gabriela de Mendoza, hija de un magistrado, hermosa y suave criatura que no tenia mas dote que su carácter angelical, su alma tierna y su pura belleza de veinte años.

Diez y ocho meses despues de su matrimonio dió á luz Gabriela una niña á la cual se la puso el nombre de Regina, y como si el cielo hubiera querido rodear á esta criatura del amor mas exclusivo y de la solicitud mas tierna, hizo estéril para lo sucesivo el seno de su madre.

El feliz padre compró entonces el título de marqués de Villalta, para dar á su hija un rango igual al de la primera nobleza de España.

Regina creció hermosa y gallarda entre las caricias de sus padres; la adolescencia aumentó las gracias de su niñez, y la juventud coronó su espléndida belleza con un nuevo brillo.

A los diez y seis años, época en que la doy á conocer á mis lectores, era la joven mas linda, de mas talento y mas rica de cuantas componian la aristocracia española; y el espléndido lujo que gastaba, unido al apasionado y proverbial amor de sus padres, la hacia objeto de la envidia de todas las jóvenes de su clase.

Era el marqués un hombre de cincuenta años, de carácter fuerte como el hierro, pero de noble y bellissimo corazon: acostumbrado desde la cuna á vivir rodeado de sumision y respeto, no dispensaba á su numerosa servidumbre el mas leve descuido en la severa é inva-

riable etiqueta que tenia establecida en su palacio: los ayudas de cámara usaban por orden suya traje negro y corbata blanca: las libreas de los lacayos eran magníficas, y todos los muebles que habia desde la primera antesala del palacio hasta su mas oscuro rincón, ostentaban la corona de marqués sobre el doble y antiquísimo blason de su familia y de la muy noble de su esposa.

La nobleza antigua de la corte respetaba, en vez de zaherirla, la severa etiqueta del marqués Pablo de Villalta: sabian todos que su cuna era buena, y que las riquezas que le habian servido para comprar el título que le igualaba con ellos habian sido bien y honrosamente adquiridas.

El mundo, por mas que nos empeñemos en creerle injusto, no siempre lo es: si fuéramos á buscar el origen de sus juicios, de sus simpatías y de sus odios, hallaríamos que no pocas veces tiene razon en lo que rechaza y en lo que acoge.

El gran mundo del año de 1838 apreciaba sinceramente al marqués de Villalta; alababa la belleza, aun lozana y encantadora de la marquesa, su esposa, al mismo tiempo que amaba su dulcísimo carácter, su corazon sensible y benéfico sobre toda ponderacion y la ternura tranquila de su alma; viendo en su hija, la señorita Regina, lo que se llama un *soberbio partido* para cualquiera de los jóvenes de la grandeza.

No obstante, el mundo, en su inapelable justicia, habia descubierto en la hija de los marqueses de Villalta un orgullo feroz y un corazon helado por el excesivo mimo de sus padres.

La dignidad orgullosa del marqués no se limitaba á pueriles exterioridades: él era magnífico en todo cuanto hácia, sin pretender hacer ostentacion de tal, y sinceramente religioso: todos los sábados, — dia consagrado á la Virgen, á la cual tenia particular devocion, — salia de su casa por la mañana muy temprano, solo y á pié, y visitaba muchas familias menesterosas, de las cuales era el protector hacia algunos años, y sus bolsillos, llenos de monedas de oro y plata al salir de su palacio, volvian enteramente vacíos.

Sus arrendadores eran todos felices, porque él tenia el mayor cuidado en que nada les faltase á condicion de que fuesen irreprochables en su conducta y laboriosos: si alguno cometia una falta, se la reprendia, sería pero blandamente; mas si reincidia con pocas intenciones de enmienda, le echaba de su casa sin hacer caso de sus quejas.

De este modo era una especie de providencia terrestre, que á semejanza de Dios, castigaba y daba premios, con tanta equidad como justicia.

Un solo sentimiento dominaba el corazon del marqués: el amor á su hija.

Regina era el único fruto de su union, y jamás hija alguna reinó con mas absoluto imperio en el corazon de su padre.

Cuando despertaba Regina veia á su padre al lado, que espiaba el momento en que abria los ojos para abrazarla con la misma ambiciosa ternura que si hiciese muchos dias que no la hubiese visto: poco despues entraba su madre, y el marqués salia para esperarlas en el comedor.

La marquesa, no menos idólatra de su hija que su esposo, la vestía por sí misma, con aquel cuidado prolijo que solo saben emplear las madres: quitábala su gorro de cama, de batista y encajes, y alisaba sus cabellos con un peine de concha; cruzaba su bata con previsora solicitud é iban ambas á reunirse al marqués.

Regina pasaba la vida entre aquellos dos tiernos y solícitos amores, sin deseos porque jamás la daban tiempo para tenerlos: su habitacion, alhajada con tanta riqueza como elegancia, era la mas deliciosa que puede imaginarse: sus consolas estaban llenas de juguetes de plata, china y laca: la sillera de su gabinete de labor era de nácar con asientos de terciopelo blanco bordado de plata; las mesas de mármol de Carrara, y su cama, de plata maciza, estaba rodeada de cortinas de damasco blanco.

Regina usaba diamantes y encajes, contra su gusto y únicamente porque así lo querian sus padres: todos sus trajes eran de terciopelo ó de seda: tenia carruaje y criados destinados exclusivamente á su servicio particular, y aunque para ella estaban de mas, el marqués anhelaba manifestarla su amor por todos los medios posibles.

II.

Ya he dicho que la marquesa de Villalta era tan amante de su hija como su esposo; pero su carácter, mucho mas suave y dulce que el del marqués, la hacia aun mas cariñosa y tierna que él para Regina: pasábase el dia besándola; mirábase en sus ojos y no permitia que nadie mas que ella se ocupase en su adorno.

Regina era alta, esbelta y muy hermosa: su tez, blanca y trasparente como el nácar, hacia un precioso contraste con sus grandes y ardientes ojos negros; su cabello, negro tambien, era abundante y rizado; su boca y su nariz no podian ser mas perfectas; su porte respiraba majestad, y su talle era tan gracioso como elegante y flexible.

Pero en su frente elevada y blanca como el mármol notábase cierta cosa que eclipsaba, como una nube, todas las perfecciones de su rostro, y que estaba en contraposicion directa con sus diez y seis años: era una expresion del orgullo casi salvaje que reflejaba tambien en la mirada arrogante y fija de sus negros ojos, y que

se advertia aun mas claro en su carácter fiero é indomable.

Aquella joven que habia visto que jamás la habian contrariado en nada fué adquiriendo poco á poco un dominio absoluto sobre todos los que la rodeaban sin exceptuar á sus mismos padres: no obstante, su corazon excelente la hacia ceder en aquello que ella conocia podia halagar á los autores de sus dias, y una prueba no pequeña del amor que les profesaba era la incómoda opulencia á que se sujetaba y á la que, á la verdad, era muy opuesta, pues gustaba mucho de la comodidad y sencillez.

Como á nadie veia á su lado mas que á sus padres, el genio de Regina no habia podido manifestarse dulce ó indómito: jamás tenia que hablar una palabra con sus doncellas ó lacayos porque su madre era la que prevenia todos sus deseos: carecia de amigas, porque el celoso y extremado cariño del marqués no admitia mas intermediarios entre Regina y él que su esposa: así pues, tampoco habia podido dar á conocer la sensibilidad de su corazon ni el temple de su alma: es verdad que mas de una vez al ver desde su carretela á un pobre habia sacado de sus cabellos una flor de diamantes ó perlas y se la habia arrojado; pero el que en aquellas ocasiones hubiese observado cuidadosamente la expresion de los grandes ojos de Regina, hubiera calificado aquella accion, no de benéfica, como la calificaban sus padres, sino de orgullosa y soberbia.

En suma, el carácter de aquella joven permanecia aun oculto y velado entre los risueños é inocentes recuerdos de su infancia, tan recientemente pasada, y las espléndidas esperanzas de su naciente juventud.

III.

El palacio de los marqueses de Villalta, situado en uno de los barrios no muy céntricos de la coronada villa y corte de Madrid, daba por la parte donde estaban las habitaciones de verano de Regina, á una calle estrecha y sin salida, sombría y oscura, y por consiguiente, sumamente fresca.

Su madre, deseando preservarla de todo ruido que la mortificase, habia colocado allí su dormitorio, y Regina habia aceptado gustosa semejante arreglo que la era ventajoso, sin pensar en rogar á su madre que se aprovechase tambien de él, pues el excesivo cariño con que estaba criada habia desarrollado en su alma un egoismo extremado.

La primera vez que ocupó su dormitorio de verano fué para dormir en él la siesta: esta se prolongó hasta la hora de comer, pero no queriendo sus padres despertarla, esperaron con paciencia hasta que ella abrió los ojos, que fué cerca del anochecer.

Todavía no se habian entrado luces al aposento, porque sus padres temian que turbasen el sueño de Regina: por lo tanto, lo primero que vió esta al despertar fué la débil luz del crepúsculo.

Saltó del lecho, y despues de recibir un beso de sus padres, aproximóse á la ventana guarnecida de cortinas de raso azul y blanco, recogidas con gruesos cordones de perlas, y la abrió de par en par para respirar el aire de la tarde.

Solo una casa se veia en aquella estrecha calle; pero su apariencia llamó vivamente la atencion de Regina, por el contraste que formaba con el magnífico palacio de sus padres.

Era una casita de un solo piso muy bajo, y que únicamente tenia dos raquíticas ventanas para recibir la luz; una mezquina puerta la daba entrada; pero sin duda por estar cerrada constantemente, tenia un humilde aldabon de hierro semejante á los que vemos en las pequeñas casitas de las aldeas.

Las dos ventanas tenian cortinillas blancas: la una, cerrada, ostentaba en su reducido antepecho dos pequeñas y pobres macetas de barro encarnado: en una de ellas crecia, cuidada con esmero, una mata de alfileres, y en la otra una frondosa albahaca verde y recortada.

La otra ventana estaba abierta de par en par, y á pesar de la escasa luz, pudo distinguir Regina sentada junto á ella á una joven vestida de luto que bordaba aprovechando la última claridad de la tarde.

La hija de los marqueses de Villalta permaneció durante algunos instantes mirando aquella limpia y pobre casita, tan humilde y sombría, y luego siguió á sus padres al comedor que estaba ya brillantemente iluminado.

La gran mesa redonda que habia en su centro, estaba alumbrada por cuatro candelabros de oro cincelado: la vagilla de plata era de un valor incalculable, y el cristal de Venecia reflejaba las luces en mil cambiantes, retratando tambien seis enormes ramilletes que, colocados en soberbios vasos de porcelana del Japon, guarnecian la mesa.

Regina se sentó entre su padre y su madre, y no tardó en olvidarse de su joven vecina.

IV.

El calor sofocante de la noche impidió á Regina que durmiera mas allá del alba: no bien el cielo se tiñó con esa primera luz tan pura y suave de la aurora, saltó del lecho, y echándose un peinador de batista sobre los hombros, abrió la ventana para aspirar el ambiente de la mañana.

La joven del dia anterior volvió á presentarse á sus ojos.

El cuarto de Regina, situado en el piso bajo del palacio, daba tan enfrente de las ventanas de la casita, que podía verse desde él cuanto ocurriese en ella, y la hija del marqués aprovechó esta circunstancia para examinarla bien á su sabor.

Ya estaba la jóven ocupada en su bordado. Al ruido que hizo Regina cuando abrió su ventana, separó los ojos de la labor y la saludó graciosamente con la cabeza sin que manifestase embarazo alguno.

Tendría aquella jóven dos años mas que Regina, aunque podría asegurarse que no había cumplido diez y ocho: su tez blanca era pálida y mate, como la de aquellas personas que nunca ven el sol: sus rasgados ojos azules eran dulces, expresivos y melancólicos: sus cabellos castaños con reflejos dorados y brillantes estaban recogidos con graciosa sencillez detrás de su cabeza: tenía la boca linda, pequeña é inocente; su cuello, dotado de una gracia indecible, era un poco largo sin duda á causa de estar muy delgada: llevaba un vestido de lana negra, basto y muy usado, pero cortado del modo mas á propósito para hacer resaltar la distinción de su flexible talle.

A pesar de lo poco avanzado del día trabajaba con aplicación, y sus cabellos ya cuidadosamente peinados, y su tocado elegante y sencillo decían claro que hacia ya largo tiempo que se había levantado.

Bordaba un pañuelo de batista finísima, y lo prolijo y hermoso del dibujo, así como la perfección del bordado, eran harto visibles para que se escapasen á la penetrante mirada de Regina.

Delante de la jóven veíase sentada en un sillón de vacueta oscura una mujer como de cincuenta años de edad, pero que al parecer estaba casi enteramente baldada: su fisonomía, no obstante sus padecimientos, era tan semejante á la de la jóven, que fácilmente se adivinaba que era su madre.

Llevaba, como aquella, un traje de luto muy usado y un pañolón de lana negro.

Los muebles eran escasos y pobres: algunas sillas de tapicería antigua y muy viejas, una mesita de nogal también de forma anticuada, y dos ó tres cuadros de bastante mérito, componían todo el mueblaje: el pavimento, lavado con esmero, no tenía alfombra ni estera de verano.

Regina, inmóvil, contemplaba aquel cuadro triste é interesante á la vez; su corazón, bueno por naturaleza, la inducía á comparar la pobreza de aquella casa con la magnificencia de la suya y la diferencia que existía entre el traje de aquella jóven y los que ella usaba.

Y sin embargo, aquella jóven era hermosa; quizá mas hermosa que ella, pues el atractivo que encontraba en su semblante, nunca se lo había encontrado á sí misma.

En aquel momento la mujer del sillón habló algo que no pudo entender Regina: la jóven se levantó, desapareció y un instante despues volvió con un pocillo de chocolate en una bandejilla, que contenía también un vaso de agua.

Dejólo sobre su silla: fué á buscar una almohada que colocó detrás de la cabeza de la pobre tullida, y luego, arrodillándose á sus piés en el suelo, empezó á darle lentamente y con sumo cuidado el chocolate, que no podía tomar por sí propia por tener muertas las manos.

Cuando acabó su ocupación la jóven dió un beso á su madre y se llevó la bandejilla, volviendo á poco con una caja de carton y una aljofaina con agua que colocó en una silla cercana: hecho esto trajo una tohalla, la humedeció en el agua, lavó con particular solicitud y admirable delicadeza el rostro de su madre y lo secó suavemente: en seguida sacó de la caja un peine y desatando sus escasos cabellos, los peinó con esmero volviéndolos á enlazar y cubriéndolos con una cofia blanca, adornada con cintas de luto.

Despues abrazó tiernamente á su madre, la cual solo pudo depositar un beso en la frente de la jóven; pero la expresión de los ojos de la enferma dijo á Regina que aquel beso encerraba una tierna y cariñosa bendición formulada por la gratitud.

La jóven desapareció con los objetos que habían servido para el tocador de su madre, y Regina quedó de nuevo meditabunda.

— ¡Cómo, pensaba, cómo es posible vivir de ese modo! ¡Esa muchacha está agoviada de quehaceres en tanto que yo no tengo el trabajo ni aun de desear nada! ¡Ella sirve á su madre, en tanto que la mía previene todos mis caprichos! ¿Qué haría yo, prosiguió pensando, si mi madre quedase en el estado á que se ve reducida esa pobre mujer? ¡Bah! concluyó; yo tengo muchos criados que la servirían en un caso semejante.

La voz de su padre la distrajo en aquel instante de sus reflexiones.

— ¡Regina! gritó desde lejos todavía. ¡Regina, hija mía! Aquí te presento á tu primo el coronel, vizconde del Olmo, que acaba de llegar de Sevilla y quiere verte.

El estruendo que hizo la puerta al abrirse terminó estas palabras. Regina se volvió vivamente y vió en el umbral á su padre acompañado de un gallardo jóven.

Ella saludó á este con una inclinación de cabeza bastante fría y fué á colgarse del brazo de su padre; mas antes de salir echó una ojeada á la casita.

La jóven había vuelto á tomar su bordado y trabajaba en él con la mayor actividad.

V.

A la mañana siguiente y cuando apenas hacía una hora que Regina se había levantado, su madre, que un

momento antes había salido de su cuarto, entró de nuevo en él con un aire tan preocupado y solemne que no pudo menos de llamar la atención de su hija.

— Vengo, hija mía, dijo la marquesa, á llevarte al cuarto de tu padre que tiene que hablar contigo.

La jóven no hizo alto en las palabras de su madre, ni en el modo con que habían sido pronunciadas: echóse sobre su bata de mañana un pañolón de granadina, y arreglando los encajes de su gorro, salió de su habitación seguida de la marquesa, con la cual pasó á la de su padre.

Estaba este sentado junto á la ventana, y su semblante demostraba una rara mezcla de tristeza y de contento: al ver á Regina se levantó para recibirla, porque era tal la fuerza del cariño que sentía por su hija aquel padre, que le inspiraba siempre desde los cuidados mas tiernos hasta las mas galantes y delicadas atenciones.

— Regina mía, dijo el marqués, sentando á la jóven en el sillón mas cómodo y ocupando él otro á su lado; Regina, ayer viste á tu primo, el coronel vizconde del Olmo.

Regina hizo con la cabeza un signo frío y afirmativo.

— Arturo, prosiguió el marqués, es hijo de mi primo el conde del Olmo: su corazón es tan noble como su cuna, y su fortuna tan colosal como bellos sus sentimientos: en cuanto á su figura...

— ¿Y qué me importa á mí todo eso, papá? exclamó Regina soltando una carcajada tan ruidosa y poco comedida que dejó cortado á su padre, á pesar de conocer perfectamente su carácter.

— Te importa mucho, hija mía, contestó gravemente: te importa porque el vizconde es portador de una carta de su padre en la cual me pide tu mano para su hijo.

Regina alzó los hombros con indiferencia.

— Yo sé, hija mía, prosiguió el marqués, cuya voz se alteró visiblemente, yo sé que tú habrás de casarte algún día, por mas que toda mi ambición se cifre en que vivas solo para mí: así pues, el matrimonio que mas puede complacerme es el que te propongo, porque Arturo consiente en abandonar su carrera y en vivir contigo á nuestro lado. Pero no obstante, nada he contestado aun y aguardo, para hacerlo, saber lo que tú piensas, á cuyo efecto deseo que me abras tu corazón. ¿Te casarás contenta con tu primo Arturo, cuyo padre es, además de mi primo, mi mejor amigo?

— No tengo dificultad en hacer tu gusto, papá; contestó Regina con su acento frío: me casaré con el coronel.

— ¡Oh! gracias, hija mía, gracias! exclamó la marquesa abrazando con efusión á su hija; este casamiento asegura nuestra felicidad, porque nos asegura también para siempre tu compañía!

Regina se retiró á su cuarto sin decir una palabra mas, y su padre corrió en busca del vizconde para darle parte de su dicha.

Encontróle en la biblioteca apoyado en una ventana y completamente absorto en la contemplación de un objeto que al parecer fijaba su atención entera.

— ¿Qué estás mirando ahí, hijo mío? exclamó alegremente el marqués: en verdad, yo no sé qué magia tiene esa callejuela que es también muy del agrado de Regina, y á la cual dan las ventanas de su habitación de verano; pero vamos á lo que mas importa, continuó el marqués mientras que Arturo cerraba precipitadamente la ventana. Regina consiente gustosa en casarse contigo.

Una nube de tristeza cubrió, al escuchar estas palabras, las expresivas facciones de Arturo; mas el marqués no pudo advertirlo porque le distrajo la llegada de su esposa.

La buena señora abrazó á su sobrino llamándole su querido hijo, y los tres pasaron al comedor donde estaba servido el desayuno.

El marqués mandó llamar á su hija, pero la doncella de esta contestó que S. E. la señorita suplicaba la dispensasen de asistir á la mesa y que desayunaría mas tarde en su cuarto.

VI.

Regina estaba demasiado entretenida para salir de su cuarto, ni aun para separarse de su ventana, pues tenía ante los ojos un espectáculo muy interesante.

Las dos ventanas de la casita se hallaban abiertas de par en par: la jóven bordadora, armada de un plumero, limpiaba sus muebles con una ligereza y esmero admirables, entonando á media voz una melodía dulce y sencilla á la vez: llevaba puesta sobre sus vestidos una especie de camiseta blanca, sin duda por el deseo de conservarlos, y sus cabellos, que no tenían cofia ni sujeción alguna, caían en dos ricas y larguísimas trenzas por su espalda.

En la estancia contigua, y sentado delante de una mesita de pino pintado, escribía un jóven que podría tener veinte y dos años, y cuya hermosura y gallardía eran superiores á toda ponderación: estaba vestido con un modesto pero elegante traje de luto: una cascada de cabellos negros como el ébano y rizados caía sobre su frente y parte de la mejilla, descubriendo no obstante toda la belleza de su perfil: escribía rápidamente mirando á cada instante un grueso manuscrito colocado á su izquierda, cuya circunstancia hizo conocer á Regina que estaba traduciendo.

Cuando la jóven acabó de arreglar la estancia fué á

cerrar la ventana: vió á Regina y la saludó, pero no dejó de cerrar en seguida.

Poco despues volvió á abrir, y Regina encontró ya sentada en su antiguo sillón á la pobre señora baldada.

Entonces alzó la cabeza el jóven que escribía: vió también á Regina y la saludó grave y friamente, cerrando pasados algunos instantes los cristales de su ventana.

Regina se separó de la suya y fué á sentarse en un sillón próximo, triste y pensativa.

Su corazón, acostumbrado á la adulación, estragado por las complacencias y vacío de amor, se interesaba por los inquilinos tan graves y dignos de la pobre casita, y acababa de ser herido por una impresión muy viva por la belleza y la distinción melancólica del jóven traductor.

Largo rato permaneció pensativa la hermosa hija de los marqueses de Villalta, luego tiró del cordón de la campanilla, cuyo sonido atrajo á su doncella.

— Flavia, la dijo Regina llevándola hácia la ventana; ¿ves esa casita?

— Sí, señora; contestó la doncella.

— Para la noche, despues que me haya librado del insoportable cuidado de mi madre, necesito que sepas cómo se llaman y qué son las personas que la habitan.

Una expresión de asombro se pintó en los ojos de Flavia al oír que su señora calificaba de *insoporable* el tiernísimo y solícito cuidado de su madre; pero repeniéndose al instante, contestó:

— Ahora mismo puedo dar á V. E. cuantas noticias desee acerca de esa pobre familia.

— ¡Cómo! ¿Sabes?... ¡Habla, habla!

— En esa casita viven hace ya siete años una señora viuda de un militar con un hijo y una hija: el primero, que tiene mas edad que su hermana, se ocupa continuamente en traducir del inglés y del alemán algunas obras, que le paga á un precio excesivamente módico uno de los mas acaudalados editores de la corte: la jóven se ocupa en bordar, pero tan primorosamente que siempre tiene trabajo de sobra.

— ¿Cómo se llaman?

— Solo se conoce á la madre por la señora de Rivera; su hijo se llama Justino; su hermana Eugenia.

— Está bien, dijo Regina, deseando cortar la conversación; retírate, y mañana á las ocho, es decir, antes que mi madre se levante, ven aquí á buscarme!

Inclinóse Flavia en silencio y desapareció; al cruzar el comedor vió levantarse de la mesa á los marqueses y á Arturo: aquellos fueron solícitos á buscar á su hija; este volvió á la biblioteca y se puso á contemplar á la jóven vecina que ya estaba bordando sentada enfrente de su madre.

Arturo se ocultó entre los pliegues de las cortinas y cayó en una meditación profunda: aquella jóven tenía para él un encanto tan poderoso que le atraía como un imán irresistible.

¡Era que se parecía á su madre!

A su madre, á quien había perdido cuando apenas contaba él siete años, y cuyo recuerdo vivía indeleble en su memoria coronando los sueños de su edad primera.

El recuerdo de aquella madre era puro, hermoso y sublime como el que deja detrás de sí toda madre buena y amorosa.

Arturo había nacido con pasiones fuertes: rico y en libertad de satisfacerlas por la carrera que había abrazado, había probado todos los placeres de la vida en una edad muy temprana; pero su corazón tierno y sensible permanecía vacío, y vacío siguió aun despues de ver á su prometida.

Es verdad que la belleza de Regina halagó sus ojos á primera vista; pero nada dijo á su alma, y la segunda vez que aquella se presentó delante de Arturo, este no la miró siquiera.

La glacial audacia, la marcada soberbia de Regina le causaban un movimiento de repulsión instintiva: aquella soberbia no parecía hija de la naturaleza y del carácter, sino mas bien efecto de un cálculo: la mujer que nace soberbia, tiene arranques apasionados y naturales; pero Regina no tenía arranques: su naturaleza, viciada por la continua previsión que la rodeaba, no había despertado porque no había sentido el choque mas pequeño, ni sufrido la contrariedad mas leve.

Era una estatua de mármol que no había animado aun el beso de Pigmalion.

Pero un observador inteligente que hubiera analizado su frente elevada y sus hechiceros labios, deprimidos en sus ángulos, hubiera adivinado en la hija de los marqueses de Villalta una energía indomable que solo esperaba una ocasión para desplegarse.

Se continuará.)

Los presidarios en Francia.

(Véase el número 287.)

El trabajo está suspendido ó terminado; los presidarios vuelven á las salas, sea para hacer sus comidas, de que hablaremos luego, sea para descansar á las once de la mañana ó á las cuatro de la tarde. Antes de entrar, un guardia chiourme les registra de piés á cabeza. Electivamente, cuando han estado fuera han tenido relaciones con los obreros libres ó con los que visitan el presidio; quizá han obtenido de ellos un poco de dinero ó algo de lo que está prohibido; quizá se han hecho culpables de algun robo en perjuicio de la administración;



VISITA Á LA VUELTA DEL TRABAJO.

de los presidiarios son muy sencillas, como puede verse en los dibujos que acompañan. La cocina es una pieza cuadrada contigua á la sala del presidio, y en comunicacion con ella por una ventana. En el fondo, cerca de la ventana, hay un gabinete para el combustible. Un hornillo, una marmita enorme, cubos y una sarten, tales son los únicos utensilios de la cocina. Los que llenan las funciones de cocineros son presidiarios; esas funciones consisten en cocer las habas en agua salada con grasa ó manteca. Un cubo contiene la racion de cinco hombres.

En la cantina hace el servicio un mozo agregado á los viveres y un ayudante subalterno; el tonel del vino se halla en frente de la puerta de entrada, y los presidiarios acuden por pelotones á tomar su racion consistente, como hemos dicho ya, en cuarenta y ocho centilitros de vino cada dia. Esta racion, que se llama una carta, se distribuye en dos veces. El *medio* significa la mitad, ó veinticuatro centilitros. La medida está colocada en una tablilla con agujeros por los cuales cae el líquido sobrante en un cubo colocado debajo. En la pared hay colgadas algunas medidas.

Todos los presidiarios deberian hallarse sometidos al mismo régimen; pero este principio de absoluta igualdad se quebranta á menudo; con sentimiento debemos confesar que el pobre expia sus crímenes con mas crueldad que el rico. A su llegada al presidio quitan á los condenados al mismo tiempo que sus vestidos todo el dinero que llevan y le depositan á su nombre en una caja instituida con ese fin en las oficinas del comisario. Segun las reglas del establecimiento, un presidiario no debe tener en su posesion mas de cinco francos, pero á medida que los gasta puede irlos completando con tal de que entregue una nota de lo gastado. De este modo pues, aquellos que reciben socorros de sus casas ó de sus cómplices, se procuran ciertos goces menudos de



HVA.

LA CANTINA.

¿no están limados sus hierros? ¿quién sabe si un pariente, un amigo ó un cómplice no les ha dado limas y vestidos para facilitar su evasión y su fuga. Continuamente descubren cosas que justifican tan útil precaucion. Cada presidiario es visitado escrupulosamente, se quita la gorra porque la visita tiene lugar en presencia de un ayudante superior. A medida que un guardia chiourme los registra, otro los cuenta, para cerciorarse de que todos los hombres salidos y marcados en la tablilla vuelven al presidio.

Todas las mañanas, antes de la salida, distribuyen á cada hombre, en el interior del presidio, un pedazo de pan de municion. Cuando vuelven á las once, tiene lugar la comida. Además del pan, la racion cotidiana de cada hombre se compone de un litro de caldo, cuatro onzas de habas y cuarenta y ocho centilitros de vino.

La cocina y la cantina



LA COCINA.

completa seguridad. Estos medios consisten en la distribucion de castigos y recompensas.

Antiguamente, cuando los presidiarios servian en las galeras del Estado, se hallaban sometidos á un código tanto mas riguroso, cuanto que era preciso prevenir ó castigar en el acto los atentados de toda clase y los delitos de insubordinacion ó de desobediencia que se cometian.

Ese código, que se resentia de la barbarie de las leyes penales de aquella época, era espantoso; imponia castigos terribles, tales como la mutilacion, la pérdida de la nariz, de las orejas, de la lengua, etc., aun por faltas poco graves.

Pero á medida que las costumbres se dulcificaron, se renunció á todos esos castigos, y hoy solo están vigentes contra los individuos que faltan á lo establecido, penas mas humanas.

Antes el castigo de los palos era uno de los mas suaves; hoy es el castigo

que se hallan privados los pobres; compran sobre todo pan blanco y guisado á un bodegonero establecido en el interior del presidio con licencia de la autoridad superior. Los hay que toman por la mañana una racion de *ratatouille* (tal es el nombre de ese guisado) sin ofrecer un poco á su compañero de cadena que la miseria condena á pan seco. La pena del pobre se aumenta pues con la disminucion de la pena del rico.

Las funciones de barbero son, como las de cocinero, ejercidas por presidiarios que han merecido recompensas. Esta operacion se hace en un rincon de la sala comun; los presidiarios se sientan en una silla de madera de respaldo alto, y una vez afeitados van á lavarse á una fuentequilla que está al lado.

Cuando los presidiarios son válidos y disfrutan de buena salud, deben pagar al Estado lo que hace por ellos, es decir, tienen que ejecutar con sumision y resignacion los trabajos que les están impuestos; es preciso que siempre y por todas partes su conducta sea buena y pacífica; si no les aplican con severidad castigos proporcionados á las faltas, á los delitos de que se hacen culpables ó cómplices.

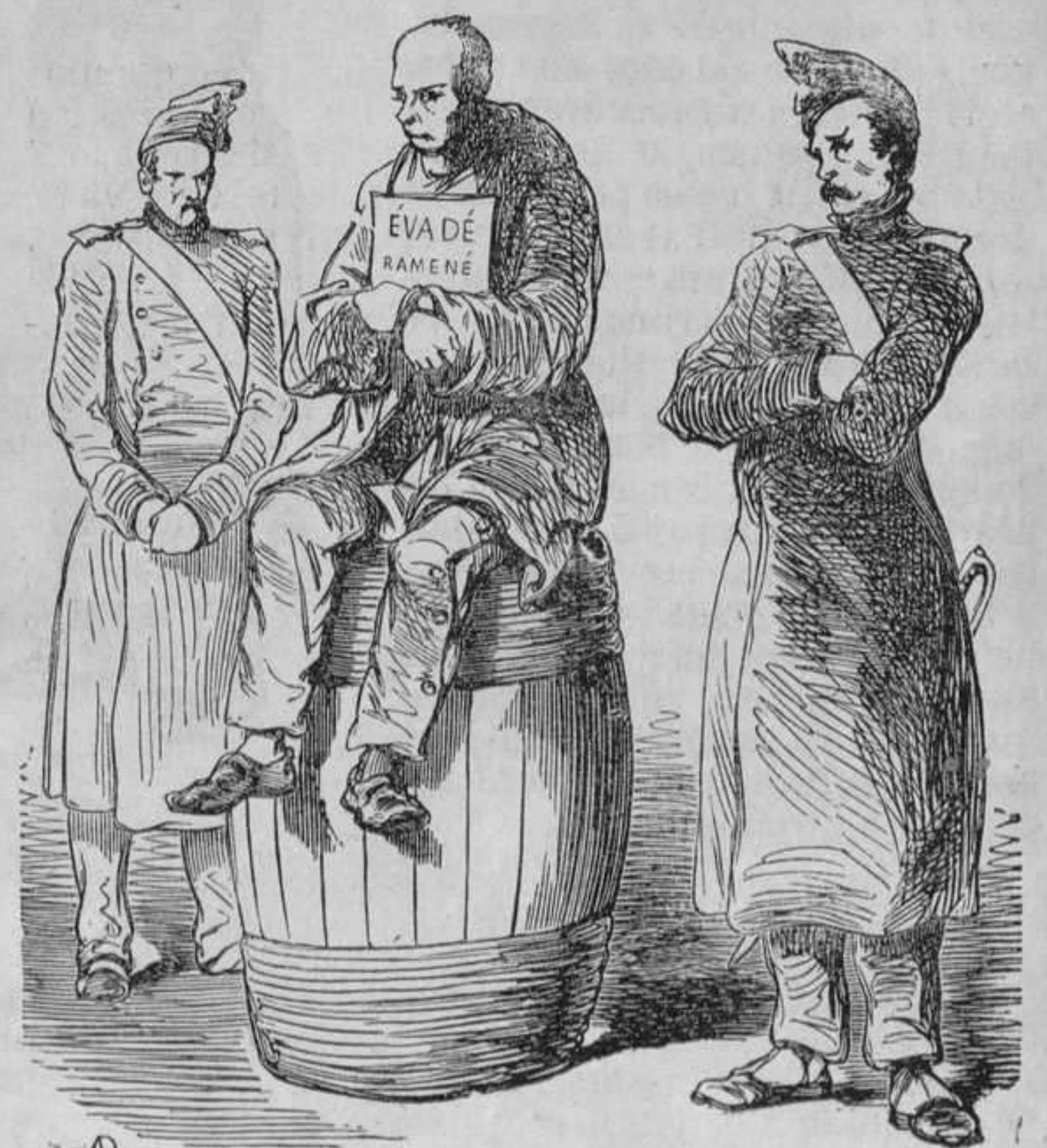
Fácil es comprender que entre tan crecido número de detenidos, la cólera, el odio, la irritacion, la venganza, á veces el deseo de la muerte, que no se atreven á darse ellos mismos, les hacen cometer crímenes que no pueden impedirse.

Estos crímenes se juzgan con la mayor prontitud y sin apelacion por un *tribunal marítimo especial*. Las condenas que se pronuncian reciben su ejecucion en el término de veinticuatro horas, exceptuando las sentencias de muerte que son sometidas á un poder superior.

El jefe del presidio tiene á su disposicion los medios necesarios para hacer reinar allí el mayor orden y una



LA BARBA.



EXPOSICION DE UN PRESIDARIO ESCAPADO.

mas grande, y para eso no se aplica sino en el caso de evasión, de tentativa de evasión no consumada, ó por excitación á resistencias, que es muy esencial reprimir pronto y vigorosamente.

Se dan palos tambien á los presidiarios que roban á sus compañeros, víveres, dinero ú otras cosas. El presidiario condenado sufre su castigo tendido boca abajo sobre un banco que llaman *banco de justicia*, y cubierto con un colchoncillo; sus manos están atadas juntas con una cuerda, un presidiario le sujeta los piés, y el ejecutor del presidio descubre su hombro derecho y le aplica los palos á que le condena su sentencia. El instrumento del suplicio es una vara de cuerda, que despues de haber sido mojada muchas veces en el agua, se pone cuando está seca tan dura, pero mas flexible que la madera. En general, los palos dejan enfermos á los presidiarios que los reciben, aunque hay algunos que sufren el dolor ó no le sienten.

Los otros castigos son :

La supresion de la racion de vino;

La exposicion, para los presidiarios que se han escapado;

Y el calabozo que haremos ver á nuestros lectores en nuestro próximo artículo.

Estos castigos bastan. Generalmente hablando se aplican poco por el cuidado que hay con los presidiarios, que además conocen por su parte dóciles. Apenas se sabe que se ha escapado un presidiario, se enarbola en el presidio una bandera amarilla, y el buque almirante dispara un cañonazo para advertir á todos los habitantes de la ciudad y de los lugares inmediatos. Se dan 50 francos por coger á un presidiario escapado, si se le coge en el arsenal ó en la ciudad, y 100 si se le coge en las cercanías. A las señales de alarma los habitantes de la ciudad y los campesinos salen en persecucion de los que han logrado engañar la activa vigilancia de los guardias chourmes. Estimula su celo mas que la esperanza de esa recompensa, el temor de ser robado ó asesinado. Por eso los presidiarios escapados consiguen rara vez procurarse vestidos y una peluca, ó llegar á un asilo seguro. A veces permanecen durante muchos dias ocultos en el mismo presidio entre los montones de leña, y sus compañeros les llevan provisiones. Mientras no están descubiertos la bandera amarilla sigue enarbolaada. Cuando los cogen son condenados á los palos ó al calabozo, ó aumentan dos años la duracion de su pena, y los exponen sentados en un tonel á la puerta del presidio. Les afeitan la cabeza no dejándoles mas que una mecha de pelo; les atan las manos, y en el pecho les ponen un cartel que dice :

ÉVADÉ
RAMENÉ

la via del deber, y á veces conducen á ella á los detenidos apartados del buen camino por su violencia de carácter.

jefe del servicio ordena por escrito que vaya suelto. El hombre en este estado arrastra media cadena; un extremo va sellado al grillete, y el otro en torno del cuerpo queda fijo en la cintura.

Esta es la primera de las recompensas, el mayor favor que puede merecer un presidiario.

Efectivamente, la diferencia de posicion es inmensa y se comprende cuán preciosa es para el hombre. ¡Qué satisfacción experimenta al poder andar solo, sin verse obligado á esperar á que su compañero quiera ó pueda moverse al mismo tiempo que él; y muy á menudo este es para él un desconocido, un hombre antipático, de mal carácter, violento, etc., ¡contraste horrible que hace mil veces mas amarga y mas cruel la condicion de los condenados!

Por eso en todas las épocas desde que existen los presidios el jefe del servicio ha tenido en su mano uno de los medios mas poderosos de sumision en esto de reunir ó de separar á los hombres.

Se concede este favor insigne que se suprime implacablemente por las menores faltas á los ancianos, á los enfermos, á los presidiarios em-

pleados como enfermeros y sirvientes en los hospitales y á los obreros recomendados por los ingenieros.

Las otras recompensas consisten en las funciones de criados ó de enfermeros en los hospitales, y en la ocupacion de puestos de confianza en el interior de los presidios.

Se eligen entre los presidiarios los enfermos y sirvientes para los enfermos de todas armas en tratamiento en los hospitales de la marina. Por lo general, estos hombres son activos, cuidadosos, fieles y subordinados, pues temen ser enviados de nuevo al presidio donde estarian mucho peor. — Los puestos de confianza en el interior del presidio ocupan á cierto número de hombres en diferentes tareas; estos sacados ordinariamente entre los antiguos del establecimiento, no van á las obras del puerto, y por consiguiente sufren menos que los otros.

Por último, la recompensa mayor que puede obtener un presidiario, el objeto de todos sus votos, el remedio mas eficaz contra sus padecimientos, es la perspectiva lejana ó próxima del término de su cautiverio, y esta perspectiva se acerca á sus ojos á medida que van figurando en el cuadro de las gracias que se somete anualmente á la clemencia del soberano.

Todos los años una comision especial compuesta de varios oficiales de marina agregados á las diversas direcciones del puerto, de ingenieros de las construcciones navales y de los trabajos marítimos, así como tambien de los oficiales superiores de artillería, del comisario de los hospitales y del jefe del servicio de los guardias chourmes, se reúne bajo la presidencia del comisario general de

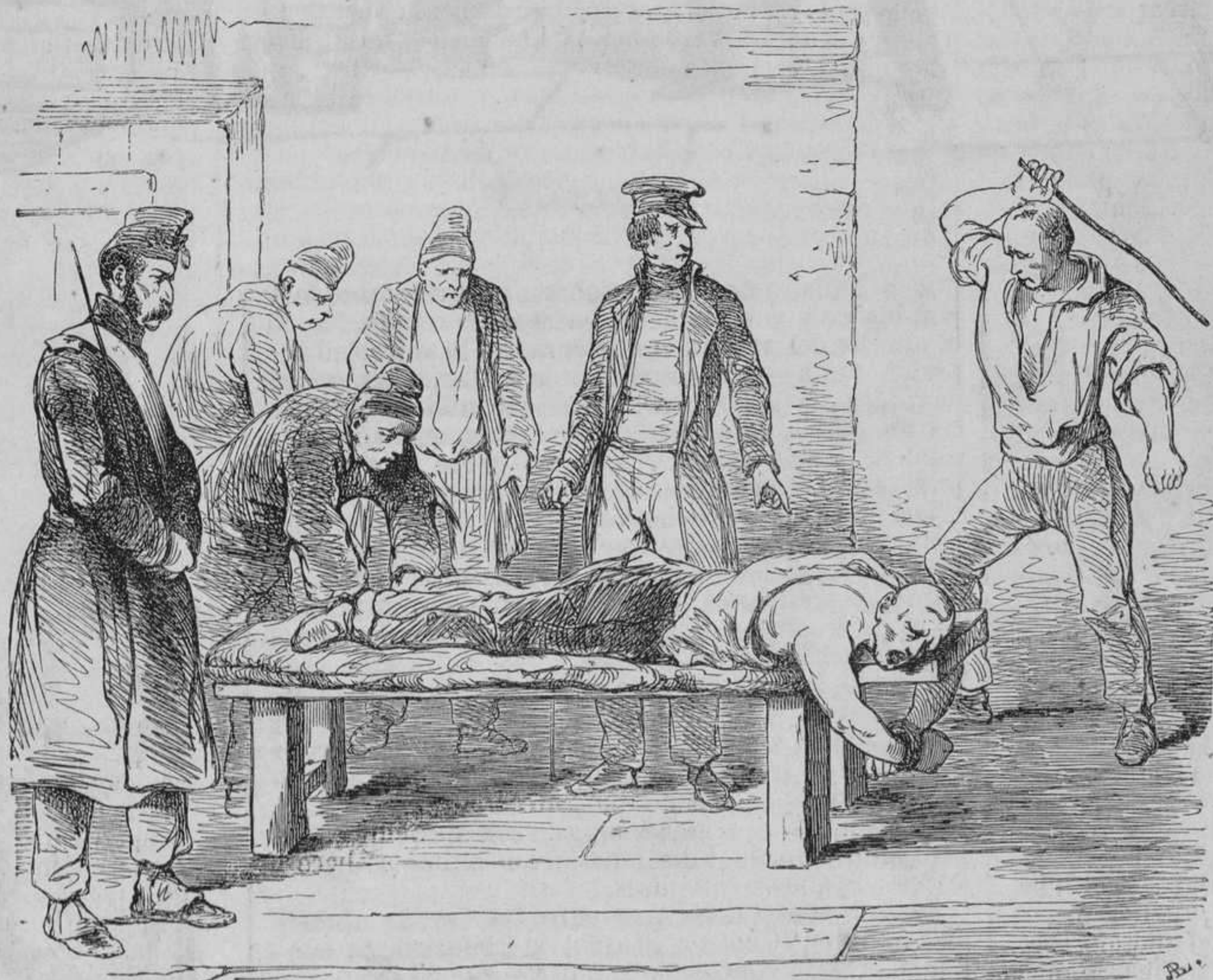
la marina, y examina sucesivamente todos los nombres cuya lista ha formado el jefe del presidio despues de haber compulsado todos los procesos de los condenados. Concluido este exámen, cierra el cuadro de los



LA MISA.

Hé aquí la naturaleza de estas recompensas :

En virtud de las disposiciones de la ley, los presidiarios llevan la cadena de dos en dos, y esta reunion por parejas dura muchos años; para los hombres peligrosos ó que infunden recelos dura siempre. Regularmente



EL CASTIGO DE LOS PALOS.

cesa al cabo de cuatro ó cinco años de expiacion, cuando un condenado se ha hecho notar por su buena conducta, por su arrepentimiento, por su resignacion ó por su mérito como obrero ó como enfermero. Entonces el

infelices que cree debe recomendar á la misericordia imperial.

Aunque el número de los agraciados sea poco considerable, pues tiene un límite fijo muy reducido, no es posible imaginar los trasportes de alegría, los gritos de júbilo que resuenan en todas las salas cuando proclaman los nombres de aquellos que han obtenido una conmutación de pena ó su gracia entera.

Excepto un corto número de individuos inaccesibles al remordimiento, la mayoría de los condenados pueden obtener su libertad en épocas más ó menos remotas. Burlados en sus esperanzas muchas veces porque no pueden juzgar bien su posición comparativamente con la de los otros, no renuncian á ver de nuevo su familia y su país, á morir libres; y entre tanto aumentan la masa de los condenados sometidos, resignados, dignos de misericordia y de perdón.

No hay en todo el mundo un establecimiento donde la religión pueda ofrecer sus esperanzas y consuelos con más fruto que en un presidio. Sacerdotes cristianos están siempre prontos á prodigar los socorros de su ministerio á los presidiarios que los reclaman ó los necesitan, á enjugar sus lágrimas, á predicarles la paciencia y la resignación, á prometerles, en nombre de un Dios omnipotente y misericordioso, el entero perdón de las faltas que expian... Todos los domingos les dicen misa y les dirigen pláticas religiosas. La inmensa mayoría de los presidiarios asiste al servicio divino y escucha los sermones con un piadoso recogimiento...

Un manuscrito de Kant.

Hace ya algunos meses que varios periódicos alemanes anunciaron el descubrimiento de un manuscrito de Kant. Gracias á los estudios críticos del señor Schubert, en las *Hojas provinciales de Prusia*, y del señor Haym, en sus *Anales prusianos*, podemos dar por ahora, si no un análisis completo, á lo menos una idea bastante general de esta obra póstuma del célebre filósofo de Königsberg. Sometido desde luego á un examen tanto más severo, cuanto más circunspectos debían mostrarse los jueces por algunas falsificaciones recientes en Weimar y en Leipzig, el manuscrito salió victorioso de esta prueba, que ha establecido su autenticidad incontestable.

Además del natural interés que excitan las menores reliquias científicas de un gran genio, este descubrimiento merece una atención particular y es de un precio inestimable para valorar el manuscrito; no se ha tardado en reconocer, en efecto, que esta obra es la que había ocupado los últimos años de la vida de Kant, y que bajo el título de *Sistema enciclopédico de la filosofía pura*, debía establecer la transición y facilitar el difícil paso de la física á la metafísica. En 1842, el señor Schubert deploraba amargamente, en la biografía del filósofo, la completa desaparición de esta obra, que al decir de Hasse (*Notables propósitos de Kant, por uno de sus convidados*. Königsberg, 1804) se complacía Kant en llamar, en medio del abandono de la intimidad, su obra maestra y el coronamiento de su sistema.

El manuscrito se halla contenido en doce legajos de papel fuerte y de un color oscuro, envueltos en programas universitarios y en periódicos, cuyas fechas indican claramente la época exacta del nacimiento de las diversas partes de la obra. Con la maníaca parsimonia de un viejo, iba utilizando Kant todos los espacios no impresos de estas cubiertas, así como todos los pedazos de papel que caían en sus manos, y hasta los sobres de las cartas. Una memoria bastante debilitada por la edad le obligaba á notar todo cuanto le ocurría mientras estaba escribiendo. Así es que al lado de notas referentes á la obra se encuentran extractos de libros y de periódicos, disposiciones académicas, cuentas, limosnas que tenía que hacer, proyectos de comidas con la indicación de las personas que había de convidar, y aun á veces enérgicas protestas y desahogos autógrafos contra el famoso Lampe, aquel doméstico tirano que representa un papel tan principal en la vida del filósofo de Königsberg.

En cuanto al fondo de la obra, el señor Haym reconoce el rigoroso método de examen que caracteriza, entre todos los filósofos, al autor de la *Crítica de la razón pura*. A cada paso que adelanta, vuelve con una persistencia sistemática á su punto de partida para legitimar la marcha que ha seguido y establecer la estricta lógica de sus deducciones. Se muestra infatigable en el análisis escrupuloso del concepto puro de la materia, vuelve y revuelve sin cesar en todos sentidos las dos categorías de cualidad y cantidad, y hace surgir, mediante este trabajo crítico, una serie inagotable de nuevos problemas que retardan continuamente la solución á que se encamina. Estas digresiones y consideraciones, aunque aparentemente desunidas del asunto principal, no traspasan los límites del criticismo; giran constantemente en un mismo círculo de ideas, y nos prueban hasta qué punto recibió el espíritu del filósofo el sello de su propio sistema. Al borde de la tumba, lo mismo que anteriormente, Kant respondía siempre con nuevas cuestiones, sin llegar nunca á concluir, á las grandes cuestiones sobre Dios, la libertad y la inmortalidad del alma.

El pensamiento fundamental de la obra parece ser la conciliación de las dos nociones de Dios y el mundo, viniendo á ser por consiguiente, como lo había indicado el autor, el resumen y coronamiento de la filosofía trascendental.

La biblioteca real de Berlin ha tratado de adquirir estos manuscritos, pero según parece no ha podido convenirse respecto del precio con el actual poseedor que, se dice, es un pariente lejano de Kant, residente en Rusia. — (Extractado de la *Revista germánica*.)

V. F. FERRAZ.

Ensayo histórico-crítico

SOBRE LOS POEMAS DE HOMERO.

(Véase el núm. 285.)

ARTÍCULO II.

Después de las nociones generales que hemos expuesto en nuestro artículo primero sobre la poesía épica griega, réstanos desenvolver en los sucesivos el plan que nos propusimos, según el cual antes de examinar la acción de la Iliada, sus caracteres y las bellezas particulares que encierra, es conveniente echar una ojeada sobre el mundo que representa y sirve de cuadro á la acción y á los personajes que en ella figuran.

Sin embargo, antes de dar á conocer ese mundo poético, y de ofrecerlo á nuestros lectores en sus rasgos más esenciales y característicos, es necesario que tengamos presente una advertencia, sin la cual no podemos comprenderlo, exponiéndonos á incurrir en errores gravísimos que, por lo repetidos, no dejan de ser de trascendencia. Si no nos trasladamos con la imaginación á esos tiempos heroicos y renunciamos á nuestras ideas, tan distintas de las que dominaban en aquella época; si no nos abstraemos con fuerza de la religión que profesamos, y sustituimos á la creencia en un Dios único, creador de cuanto existe, y causa y principio de todas las criaturas, una multitud de dioses que se distinguen entre sí como los hombres; si de las nociones que tenemos sobre ellos y las cosas no nos imbuimos en otras ideas naturales en aquellos hombres y en aquellos tiempos, é intentamos juzgarlos sujetándolos al crisol de las nuestras, desaparecerá instantáneamente el brillo deslumbrador de las incomparables creaciones de Homero, y solo veremos imágenes vanas y frías en donde reina la vida y el movimiento, la sencillez y la verdad poéticas. Y de aquí podemos deducir cuán grande es el mérito de este poeta, cuando á pesar del tiempo transcurrido desde que compuso sus obras inmortales, á pesar de las mudanzas inevitables que han ocurrido desde entonces y que han impreso á las ideas un sello tan distinto, á pesar de que hoy no creemos en aquella religión y reprobamos las condiciones de existencia de la sociedad que representa, sin embargo, sus poemas interesan á todos los pueblos, á todos los hombres y á todas las edades.

Y es todavía más extraño que el interés que excitan en nosotros aquellos dioses y aquellos hombres, provenientes principalmente de las cualidades de que están dotados, que reprueba la razón. Los dioses de Homero no son seres superiores á los hombres sino por la inmortalidad, y por la naturaleza de los medios de que disponen para ejecutar sus designios. Por lo demás tienen sus mismas pasiones, sus caracteres especiales, y en el cielo como en la tierra, reina una inmensa variedad de ser á ser en todos sus gustos é inclinaciones, ofreciendo además otro punto de contacto con los hombres, que juega un gran papel en la Iliada, y forma la base en que descansan las tragedias griegas. Sobre los hombres como sobre los dioses hay un poder cuyos decretos nadie puede alterar; y si bien su ejecución y cumplimiento se verifica especialmente entre los mortales, ninguna deidad puede revocarlos ni modificarlos en lo más mínimo, por grande que sea el interés que tenga en hacerlo. El destino, que es á lo que nos referimos, había dispuesto que Troya sucumbiese á los diez años de sitio, y ni la bella Venus, ni el dios de las batallas, ni el divino Apolo, ni el mismo Júpiter se atrevían á contrariar su resolución. Este dios, que reina en el Olimpo sobre los dioses como Agamenon en el campamento griego sobre los hombres, es el ejecutor de sus voluntades, y no influye ni en los griegos ni en los troyanos, sino teniendo siempre presente sus mandatos. Tetis, la de pies argentinos, no puede salvar á su hijo Aquiles; Júpiter abandona á sus numerosos descendientes á la muerte, y ninguno altera sus disposiciones, superiores á ellos, y á las que tienen que obedecer. Esta influencia del destino, que hemos intentado desenvolver en nuestros artículos acerca del teatro griego, producía dos resultados muy importantes en la poesía, que á nuestro entender no se han indicado con la fuerza necesaria: el primero imprimir á todas las producciones épicas ó dramáticas una unidad de que carecerían si no existiese este principio común: y el segundo difundir en ellas cierto tinte melancólico, que nos afecta y nos hace interesarnos en la suerte de los diversos personajes que ofrecen una y otra.

Pero el mérito indisputable de Homero consiste en haber dado á esos seres fantásticos una forma corporal, que percibimos con nuestros sentidos, y que los diferencia notablemente de las alegorías que han estado en uso en otros tiempos, creaciones vagas é incorpóreas, en cuyos rasgos vemos al poeta que las inventa, y que nada nos dicen, porque carecen de ese carácter concreto que distingue á los dioses de Homero. Júpiter aparece como un rey lleno de majestad y de grandeza, hermano de otros reyes sobrenaturales con quienes comparte el imperio del mundo: sus súbditos son rebeldes y

propensos á perturbar el orden que debe reinar en el cielo, y que él conserva á duras penas. Su felicidad doméstica está sin embargo muy lejos de ser completa, porque Juno, la de los brazos de deslumbradora blancura, lo inquieta con frecuencia, y aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para desobedecer sus mandatos, excitando á la rebelión á los demás dioses, y refrenando las malignas sugerencias de su espíritu solo cuando el miedo la obliga. Y si esto acontece con el rey del Olimpo y con su esposa, fácil es de presumir lo que sucederá á las demás divinidades de un orden inferior. En el cielo reina también la envidia, la vanidad, el ardor bélico, la perfidia, el entusiasmo, la compasión, el miedo, el valor, todas las pasiones, en fin, que degradan á veces á nuestra especie, y que la impulsan otras á heroicas é inauditas acciones; y sin embargo cada dios tiene distinto carácter, y si Venus favorece á los troyanos como protectora de los adúlteros que promovieron la guerra, Minerva la de los azules ojos y Neptuno que hace temblar á la tierra, son propicios á los griegos. En una palabra, los dioses de la Iliada interesan á nuestro corazón por los mismos motivos porque son reprobados por nuestra inteligencia, porque los vemos revestidos de atributos iguales á los hombres, y se agitan en un mundo que se les asemeja, moviéndose á impulso del gran suceso, que da unidad á todos sus esfuerzos, y que trasladada al Olimpo la vida que tanto amamos en la tierra.

Quien haya leído la Iliada y la Mesiada de Klopstock, notará desde luego la verdad de nuestros asertos. La primera es una obra pagana, llena de errores y de graves defectos á los ojos de la razón; la segunda, una epopeya cristiana, que no puede rechazarse por el buen sentido religioso; y á pesar de esto, nunca nos cansamos de leer la primera y es difícil que podamos leer dos ó tres cantos seguidos de la segunda. Si nos preguntamos el porqué de este fenómeno, no nos costará gran trabajo advertir (prescindiendo de la acción y de otras muchas diferencias) que ese interés proviene de la sencillez de la primera y de su carácter épico, que oculta completamente el autor, al paso que en la segunda siempre se descubre al poeta y su artificio. Cuando leemos las querellas conyugales de Júpiter y de Juno, los arduos de esta para excitar la sensualidad de su esposo y engañarlo torpemente, los consejos de Palas á Diomedes de que no ataque en la batalla á ningún inmortal excepto á la odiosa Venus, la informalidad de Marte que da palabra á Juno de socorrer á los griegos y se pasa á los troyanos, nos admira la sencillez de aquel poeta y de aquellos tiempos, y sonreímos al notar la verdad con que en los dioses se representa la naturaleza humana, con tanta más razón, cuanto que la poesía moderna con sus frases convencionales, con el estrecho círculo en que se mueven sus pensamientos, con sus esfuerzos constantes en hacer parecer como poesía lo que es solo vulgar prosaismo, con su corazón seco y marchito y sus afectos de inteligencia y de razón, no de verdadero sentimiento, con su horror á la sencillez y á la verdad, con sus pretensiones al filosofismo y á las plegarias, está muy distante de esta poesía primitiva, lozana como la yerba de los prados, fácil y amena porque es también natural, con una vida exuberante que rebosa en todas sus creaciones, y brota á raudales de la imaginación del poeta, ofreciendo el mismo contraste que las caudalosas fuentes que en las montañas forman los ríos, con las exiguas y mermadas aguas que el hombre hace brotar de la tierra á su capricho.

Y si la epopeya nacional ha de comprender también en sus cuadros los diversos seres que son objeto de las creencias religiosas del pueblo, ciertamente no puede hacerlo de mejor manera que por medio de dioses que toman una parte directa é importante en la acción. Esto no puede lograrse, si la epopeya ha de interesar á los lectores, sino revistiendo á esos seres sobrenaturales de diferentes cualidades, inspirándoles diversos deseos y opuestas inclinaciones, á fin de animarlos con la vida de la naturaleza, y de provocar luchas y accidentes variados que nos interesen por sí mismos y que tengan un lazo común que los subordine á algún suceso capital. De aquí la necesidad en que se ha visto la epopeya religiosa de introducir ángeles y demonios en sus obras, que representan en ellas el papel que los dioses en la Iliada; si bien hay entre ambos la notable diferencia de que el mundo sobrenatural de la primera está dividido en dos imperios distintos, en uno de los cuales se personifica al bien y á la virtud en sus diversas manifestaciones, y en el otro al mal con sus infinitas y repugnantes formas: resultando de esta división marcada que el hombre no se reconoce en esas creaciones, y por tanto no se interesa por ellas como sucede con las griegas, que lo ofrecen tal como es en sí, dotado de buenas y malas cualidades, luchando con su razón y sus deseos, yaciendo á la una, ya contrariándola, y presentando al mismo tiempo una reunión de causas que mueven á los individuos, mucho más variada y más poética que la de la epopeya religiosa de nuestros tiempos.

Alguno podrá acaso hacernos la especiosa objeción, de que admitida esa influencia fatal que hemos indicado, desaparece la libertad individual de los dioses y de los hombres, y el mundo religioso y humano se aparecen á nuestra vista como una vasfa máquina, cuyo primer motor es el destino, y cuyos obedientes resortes son los mortales é inmortales. Realmente no hay nada de eso, y si bien el destino ha fijado el cumplimiento de ciertos hechos importantes, como la toma de Troya y la muerte de Aquiles y de Hector, deja sin embargo en todo el tiempo que transcurre hasta que suceden estos acontecimientos la más omnimoda libertad para que los

dioses y los héroes ejecuten cuanto quieran. Al contrario, podemos afirmar que ese influjo fatalista es de gran auxilio al poeta, porque una vez supuesta, admitida la necesidad de que han de verificarse ciertos sucesos, y de que hay un plazo mas ó menos largo hasta que se realizan, los dioses, que aman y aborrecen á los hombres, y estos que conocen su suerte, emplean todos sus esfuerzos en adquirir gloria y eterno renombre; y en vez de ser una rémora á la actividad humana como sucede entre los mahometanos, es un aliciente poderoso que excita á grandes empresas y heroicas acciones. Y esta objecion proviene sin duda de la influencia que ejercen en nosotros nuestras ideas actuales. Si nos dijese que habíamos de morir dentro de uno, tres, cinco ó diez años, es probable que nos convirtiésemos en cristianos epicúreos, y que procurásemos pasar los pocos años que nos quedasen de vida con todas las comodidades y placeres posibles: que la gloria es hoy un nombre vano y ni aun tiene significacion alguna en el mundo del arte. Pero en la época á que se refiere la Iliada, sucedia todo lo contrario: nuestra miserable y triste vida se apreciaba como debe apreciarse; esto es, como un punto en el tiempo que se confunde y pasa olvidado con los demás que componen la serie, si no se le imprime un brillo deslumbrador que haga notar su existencia.

Sin embargo, no solo la Iliada nos ofrece una variedad infinita de dioses en una forma y con caracteres concretos, libres en sus deseos y acciones siempre que no intenten quebrantar los decretos del destino, sujetos á las mismas debilidades que los mortales, y representándolos por consiguiente de un modo sencillo y agradable, sino que segun dijimos en nuestro artículo 1º, solo así, teniendo presente que Homero intenta describir la edad heroica en que el trato de los dioses con los hombres era mas íntimo y frecuente; solo así, repetimos, es como puede comprenderse de una manera poética el mundo de los dioses, cuando la revelacion no ha aclarado y purificado nuestras ideas. Indudablemente que una de las pruebas mas robustas de la verdad de nuestra religion, mejor diremos, de las mas irrefutables y que hacen una fuerza inmensa en los hombres pensadores, es que existiese un pueblo que como el hebreo creyese desde la mas remota antigüedad en un Dios único. En Grecia y Roma solo se va vislumbrando esta verdad cuando ya se nota la descomposicion de los elementos sociales, y esto por algunos hombres eminentes que, ven en las obras de la naturaleza y en las facultades del hombre una sola mano creadora; pero para el vulgo permanecia incomprendible que hubiese alguna unidad en la variedad inmensa que le rodeaba, y por esa razon en estas creaciones es en donde mas se manifiesta el sello nacional, reuniendo las griegas tales condiciones de belleza, que nada parecido podemos encontrar en las mitologías de los demás pueblos, ya examinemos las del Norte, en las que solo nos interesa Baldes, el Apolo Escandinavo; ya en las de los fenicios, americanos, indios, etc., en las que dominan los delirios de imaginaciones febriles ó dogmas y personajes crueles y sangrientos.

Por otra parte, esas mismas pasiones de los dioses eran un vínculo poderoso que los unia á la tierra y que los impulsaba á tomar una parte activa en todos sus acontecimientos. Sus amores que dieron vida á numerosos descendientes, el culto que se les tributaba en ciertos países que los miraban como sus patronos, las ofensas que les inferian, el afecto ó el odio que mutuamente se profesaban, todo esto era una fuente inagotable de luchas, de derrotas y victorias, de esperanza y de temores, de vida y de incesante movimiento. Y en medio de esto, nada encontramos abstracto, nada vago é indeterminado, en lo cual consiste la esencia de la poesía; porque en el momento en que empiezan las abstracciones, en el instante en que la razon penetra en lo particular para remontarse á lo general, desaparece la poesia y entramos en el dominio de la inteligencia. Es imposible que el poeta épico nos presente una época épica si su bordina sus intentos á este objeto, porque entonces descubrimos siempre en el fondo un fin prosáico ó intelectual que no es el terreno de la epopeya, ya que el poeta obra siempre arrastrado invenciblemente por su imaginacion á encarnarse en hechos concretos, cuyo conjunto y detalles son siempre poéticos.

E. MIER.

Revista de Paris.

La suscripcion abierta en favor de M. de Lamartine, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, produce en Francia resultados escasos, á pesar de la proteccion oficial y de los esfuerzos que hacen desde el primer dia los amigos del ilustre poeta. Ignoramos la cifra exacta de las cantidades recogidas hasta hoy; pero segun se dice, la suma total no pasa de cuarenta mil pesos. En presencia de este desaire nacional hecho á una de las glorias de nuestro siglo, la Inglaterra ha querido intervenir en la suscripcion, y con este objeto se ha formado en Londres un comité compuesto de personas notables que se ocupará activamente en excitar á la nacion inglesa en beneficio de M. de Lamartine. Con este motivo sir E. L. Bulwer, miembro del comité, recibió del poeta francés la siguiente carta que ha sido publicada en el Times:

«Habeis tenido muy presente esta máxima de los buenos corazones: «Lisonjea al desgraciado.»
» Muy desgraciado soy efectivamente; no trato de disimularlo ni conmigo ni con los demás. Cuando una suscripcion de

esta naturaleza no es un honor muy grande, es una humillacion solemne. Sé muy bien que la humillacion no es la vergüenza, pero tiene su aspecto; obliga á inclinar la cabeza ante los hombres, si no ante Dios. Podéis creer que me asisten razones poderosas muy sagradas y muy superiores á las que me atribuyen, para no retirar mi nombre de todo ese ruido en torno de un óbolo.

» La Francia no me debe nada, veinte veces lo he repetido: no he hecho por ella mas de lo que otros muchos han hecho conmigo cada uno en su esfera, y lo que cualquiera en mi lugar habria hecho mejor que yo. No obstante, me engaño; he hecho alguna cosa: la he amado con pasion; la he amado no solo en su grande individualidad nacional, sino en cada una de sus clases, y por decirlo así, en cada uno de los individuos de que se compone esa gran familia de la patria. Si entonces me hubieran dicho que el primero ó el último de sus ciudadanos iba á ser arrojado de su casa, que fuera un palacio ó una choza, por falta de algun millon ó de algun céntimo para libertarse de la expropiacion, el cielo sabe que aun cuando ese ciudadano hubiera sido mi enemigo político, le habria dado el diezmo de mi corazon con respetuosa ternura.

» Clases injustamente hostiles en Francia no han juzgado oportuno hacer por mí á la voz de mis amigos lo que yo habria hecho por ellas; pero si han juzgado propicia la ocasion para vengarse al cabo de diez años del mal que no las hice. Acepto pues: me desprecian sin tener derecho para ello.

» Y sin embargo, la Francia sabe que el partido no es igual, pues yo careceria á mi vez de voluntad y de derecho para despreciar á mi país.

» En cuanto al Estado, me he impuesto la ley de no deberle nada como hombre privado.

» He seguido firme en este propósito bajo todos los sistemas y en todo el curso de mi vida, y no vendré á cejar en él al fin de mi carrera. El gobierno ha intervenido en este asunto cerca del comité de mis conciudadanos de Mâcon en términos oficiales sumamente benévols. Podia quedar agradecido, pero no debia ninguna respuesta, porque con ella habria admitido un carácter político en una suscripcion no de opinion sino de puro sentimiento. No era tal mi idea ni es sin duda la idea del gobierno: la neutralidad es todo lo que este me debia.

» He llegado á saber por vuestro conducto que se ha formado en Inglaterra un comité compuesto de hombres de Estado, de oradores y de escritores ilustres que se propone manifestarme un interés internacional. Le dareis las mas cumplidas gracias. No me engaño yo sobre la significacion de ese comité, como se engañan algunos publicistas franceses. No es un reproche, es un concurso prestado á la Francia, es la alianza de los Estados que la Inglaterra quiere ilustrar una vez mas mediante la alianza de los corazones.

» Con efecto, la única cosa que la Inglaterra puede tener intencion de recompensar en mí, es el culto constante y manifiesto de esa paz mas gloriosa para entrambas naciones que las victorias mas brillantes, pues es la victoria de su sensatez contra rivalidades antiguas que se deben dejar sin tocarlas en el fondo de la historia, como las heces de tiempos pasados.

» A. DE LAMARTINE. »

Todos los periódicos de Paris han reproducido esta carta sin comentarios que el lector puede hacer fácilmente.

En las crónicas judiciales de la semana hallamos una anécdota curiosa. Un noble lord y su señora han estado á punto de separarse por un motivo fútil en apariencia, pero sin duda de mucha importancia para el esposo: tratábase de la dentadura de la dama.

Ella es una mujer bonita, pié de andaluza, mano tan delicada como el pié, magníficos cabellos negros que contrastan con sus hermosos ojos azules; en fin, posee todos los atractivos de las mujeres del Norte con todas las gracias de la mujer meridional; pero como nada hay completo en el mundo, su dentadura es mala.

El marido es una arrogante figura, y en su porte y modales se distinguen á primera vista sus títulos de nobleza. Como todos los ingleses cuida muy particularmente su persona, y lo que le ocupa mas es su dentadura, pues á su juicio en ella está la belleza esencial, la belleza necesaria, sin la cual ninguna de las otras existe. Quizá tiene razon, y por esto su jóven esposa le ocultó el único defecto en sus perfecciones.

Lord X... vivia dichoso, pero vivia en la ilusion; pensaba en los dientes menudos de su mujer...; Son tan hábiles los artistas del dia!

El matrimonio pasó el invierno último en Paris y produjo mucha sensacion en los salones. Tanto admiraban el aire aristocrático de lord y lady X... como el amor que parecian tenerse el uno al otro.

A principios del verano lord X... hizo sus preparativos de marcha.

El que hubiera seguido á su señora el dia en que su marido manifestó la intencion de salir de Paris, la habria visto subir en un coche de alquiler, apearse de él al cabo de un rato lanzando en torno suyo una mirada inquieta como una persona que teme ser sorprendida, y subir una escalera con precipitacion.

El observador habria podido creer que era una mujer que engañaba á su marido; pero nada de eso, no iba á ver á un galán, sino á un dentista.

Lady X... queria comprar una dentadura postiza, y luego compró dos; cuando se viaja no están de mas las precauciones. El dentista pidió por ellas 1,200 francos, y lady X... consintió en pagar esta suma: quedó en volver á tomar las dos obras maestras dentro de algunos dias.

Con efecto, pocos dias despues vuelve la dama, y satisfecha del trabajo del dentista, le va á entregar los 1,200 francos; pero ahora dice el artífice que le debe 1,900. ¿Qué desgracia! Lady X... no puede pagarlos; tenia de ahorros la primera cantidad, pero no la segunda. ¿Y cómo pedir ese dinero á su marido sin declararle su destino?

Se decide pues á no tomar las dentaduras postizas.

Se ignora si el dentista mandó seguir á su parroquiana que no habia querido dar su nombre; pero lo cierto es que al otro dia un alguacil reclamaba á lord X... en persona la suma de 1,900 francos, y le presentaba en apoyo de su demanda una factura en la cual se leian estas palabras terribles:

«Debe lady X... por dos dentaduras postizas, 1,900 francos.»

Lord X... pone el grito en el cielo, dice que es una calumnia levantada á su mujer, y para confundir al alguacil llama á su esposa. Acude esta en efecto; pero su doncella, su única confidente, la ha enterado del peligro que la amenaza, y así sucede que afirma ante el alguacil que semejante reclamacion no habla con ella.

El alguacil sale diciendo que va á casa del dentista.

Lady X... se espanta. ¿Cómo salir del apuro? Consulta con la doncella, y hallan este medio de salvacion: en cuanto llegue el dentista el ayuda de cámara le introducirá inmediatamente en el cuarto de la señora sin decir nada al amo. La doncella vestida con un traje de lady X... recibirá al dentista, que naturalmente se creerá víctima de un error, y se retirará pidiendo mil perdones.

Dicho y hecho; la doncella espera al hombre dispuesta á confundirle y á tratarle de impostor.

Se oye un campanillazo; pero no se presenta el dentista sino otra vez el alguacil, y no ya con una cuenta sino con una citacion: ahora el acreedor quiere explicarse con lady X... ante la justicia.

Ya es inútil la comedia.

La pobre lady X... encomienda su alma á Dios; su marido se va á separar de ella en cuanto sepa la verdad en el asunto.

Lord X... entra en aquel momento: afortunadamente las mujeres siempre tienen recursos para todo. En presencia del peligro lady X..., inspirada de una idea súbita, se arroja en los brazos de su marido exclamando:

— Perdonadme, mi querido lord.

— ¿Y porqué?

— Sí, yo he sido quien ha encargado las dos dentaduras postizas.

— ¿Y qué vais á hacer con ellas?

— Milor, no eran para mí.

— ¿Para quién son? Explicaos.

— Para la condesa R...

— ¿Qué decis? ¿La condesa R... lleva dientes postizos?

— Sí, milor, pero su marido no lo sabe; yo habia prometido hacer la compra, y no os he dicho una palabra, porque ella me suplicó guardara el secreto mas profundo.

— Ja, ja, ja, exclamó lord X... riendo á carcajadas; la condesa R... gasta dentadura postiza y el pobre marido lo ignora. Es cosa divertida.

Al dia siguiente lord X... se presentó al tribunal y declaró que pagaria la deuda; pero despues añadió con aire victorioso dirigiéndose al perseguidor de su señora:

— Son para la condesa R...; ya veis que tenia razon cuando os decia que mi mujer no gasta dentadura postiza.

El dentista contestó con una sonrisa irónica: cobraba su dinero y era todo lo que queria.

Lady X... vive satisfecha, y lord X..., á pesar de las amonestaciones de su mujer, cuenta por todas partes la historia del chasco que está dando la condesa R... á su marido.

Un lance de catalepsia para concluir esta revista.

Dos jóvenes hablaban de esta manera noches pasadas en el Pré Catelan delante del teatro de las flores:

— ¿Sabes, amigo, que he estado para casarme este invierno?

— ¿Y porqué no lo hiciste?

— Es una novela. Quince dias pasé haciendo la corte á mi futura, y en cada uno de ellos la madre me decia con una exactitud maravillosa todo lo que yo habia hecho la víspera. «Ha estado Vd. en la Opera, en los Campos Eliseos, aquí ó allá,» sin engañarse nunca. Yo estaba furioso creyendo que me espiaban, pero á pesar de todos mis esfuerzos no pude descubrir el enigma.

Por último una mañana detuve en la escalera á la doncella de mi novia, y la dije:

— Si Vd. quisiera podria Vd. sacarme de un apuro.

Y al hablar así la enseñaba un billete de Banco.

Ella me escuchaba con atencion, y sus ojos brillaban como dos ascuas.

— Estoy á las órdenes de Vd., me contestó.

— Deseo saber cómo es que no puedo dar un paso, ni hacer un movimiento sin que se descubra.

— Consiste en que la señorita padece ataques de...

— ¿De qué?

— De catalepsia.

— ¿Dios mio!

— Si señor, y durante esas crisis se encuentra en tal estado de lucidez, que ve todo lo que pasa lejos de ella. Entre nosotros, diré á Vd. que casi siempre se aprovecha de su segunda vista para vigilar sus acciones de Vd.; no la preocupa otra cosa.

Me apresuré á dar á la criada mi billete de Banco y eché á correr diciendo:

— ¡Bonita revelacion! Una mujer cataléptica es ya poco agradable; pero es mas peligrosa aun cuando añade ese don de la segunda vista.

No volví á poner los piés en la casa y por eso no me he casado.

El amigo que le habia escuchado con mucha atencion, no pudo menos de convenir en que era el mejor partido que se podia tomar en caso semejante.

— En las dos páginas siguientes damos una vista del nuevo boulevard de Sebastopol mas en grande que las que hemos publicado anteriormente. Nada nuevo podemos añadir á lo dicho ya sobre esa via, sino que es hoy una de las mas importantes de la capital, aunque la faltan aun muchas de las construcciones que deben adornarla.

MARIANO URRABIETA.



VISTA DEL BOULEVARD DE SEBASTOPOL, TOMADA DE LA ORILLA DEL SENNA, HASTA EL EMBARCADERO DEL FERRO-CARRIL DEL ESTE.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

I.

CHISWICK MALL.

Era antes de 1820... Por una hermosa mañana de junio un ancho carruaje se dirigía, con una velocidad de cuatro millas por hora, hacia la verja del colegio de señoritas dirigido por miss Pinkerton en Chiswick Mall. El carruaje llevaba un par de caballos robustos, guiados por un cochero no menos vigoroso, con sombrero de tres picos y peluca. Al lado del cochero iba sentado un criado negro que estiró las piernas en el momento en que el coche se detenía delante de la puerta de miss Pinkerton.

Al ruido del campanillazo una docena de cabezas juveniles aparecieron por las estrechas ventanas de aquel edificio antiguo y majestuoso construido de ladrillos. Un observador atento habria podido reconocer la nariz roja y afilada de la buena miss Pinkerton, que aparecía en la ventana del salon en medio de unas matas de geranio.

— Es el coche de M. Sedley, hermana mia, dijo miss Jemima; el negro Sambo ha tirado de la campanilla, y el cochero trae una casaca nueva.

— ¿Habeis terminado todos los preparativos para la marcha de miss Sedley? preguntó miss Pinkerton.

Esta miss Pinkerton, la Semiramis de Hammersmith, la amiga del doctor Johnson y la corresponsal de mistress Chapone, era una persona majestuosa.

— Las señoritas están guardando todas sus cosas desde el amanecer, repuso miss Jemima, y las hemos preparado una carga de flores.

— Decid un ramillete, hermana, es de mejor tono.

— Está bien, pero es un ramillete gruesecito. He metido en el cofre de Amelia dos botellas de agua de alelí, y la receta para hacerla.

— ¿Supongo que habreis copiado la cuenta de miss Sedley?

— Aquí está.

— Dadmela... noventa y tres libras esterlinas... Hacedme el favor de poner un sobre á M. John Sedley, y de cerrar este billete que escribo á su señora.

Para miss Jemima, una carta autógrafa de su hermana era un objeto de gran veneracion. Sabíase que miss Pinkerton solo escribía á las familias de las jóvenes cuando estas salían del colegio ó cuando se casaban; solo hizo una excepcion en favor de la pobre miss Birch, que habia muerto en su casa. Miss Jemima se hallaba en la convicción de que si alguna cosa habia podido consolar á mistress Birch de la pérdida de su hija era la composicion piadosa y patética en que miss Pinkerton la anunciaba la triste noticia.

Hé aquí, en la circunstancia que nos ocupa, el contenido de la epístola de miss Pinkerton:

« La Mall, Chiswick, 13 de junio de 18...

» Al cabo de seis años de residencia en La Mall, tengo el honor y la satisfaccion de devolver miss Amelia Sedley á sus padres. Es una joven cumplida capaz de ocupar un puesto en una sociedad distinguida. La amable miss Sedley no carece de esas cualidades particulares de las jóvenes señoritas del gran mundo, de esas perfecciones que convienen á su condicion y á su nacimiento. Su aplicacion y su obediencia la han granjeado el cariño de todos sus maestros, y la dulzura de su carácter ha seducido á todas sus compañeras.

» En música, baile y ortografía, en toda clase de bordados y de labores de aguja, ha realizado los deseos mas legítimos de sus amigos. En la geografía la falta que aprender. Recomendamos para ella el uso regular de un respaldo ortopédico al menos cuatro horas por día y durante tres años, porque es el único modo de adquirir esa distincion de apostura que se exige hoy de las jóvenes á la moda.

» En cuanto á los principios de religion y de moralidad, se verá que miss Sedley es digna de un establecimiento que ha sido honrado con la presencia del *gran lexicógrafo* y con el patrocinio de la incomparable mistress Chapone. Al dejar La Mall miss Amelia se lleva consigo el afecto de sus compañeras y los sentimientos mas tiernos de la que tiene el honor de decirse

» Vuestra muy humilde y muy obediente servidora,

» BARBARA PINKERTON.

» P. D. Miss Sharp acompaña á miss Sedley. Se replica encarecidamente que miss Sharp no permanezca en Russell-Square mas de diez dias. La honorable familia en cuya casa debe entrar reclama cuanto antes sus servicios.»

Terminada esta carta, miss Pinkerton escribió su nombre y el de miss Sedley en la página blanca del Diccionario de Johnson, obra interesantísima que nunca dejaba de ofrecer á sus discípulas cuando salían de La Mall. En la cubierta habia una copia de los « Consejos dirigidos á una señorita á su salida del colegio de miss Pinkerton, por el difunto doctor Johnson de venerable memoria.» El nombre del *lexicógrafo* estaba siempre en los labios de miss Pinkerton desde que debia su reputacion y su fortuna á una visita que él la habia hecho.

Obedeciendo á su hermana que la mandó sacara el diccionario susodicho, miss Jemima tomó dos ejemplares, y cuando miss Pinkerton acabó de escribir su dedicatoria en el primero, Jemima con timidez la presentó el segundo.

— ¿Y para quién es este, miss Jemima? preguntó la hermana con seriedad.

— Para... Becky Sharp, respondió miss Jemima temblando... como se va tambien...

— ¿Miss JEMIMA! exclamó miss Pinkerton como si su boca diera paso á mayúsculas, ¿habeis perdido el juicio? Llevad el diccionario á su puesto, y en lo sucesivo no os tomeis esas libertades.

— Sin embargo, hermana mia, vale tan poco... y la pobre Becky sentirá mucho que no la hagais ese regalo.

— Que venga al instante miss Sedley, repuso miss Pinkerton.

Sin atreverse á decir una palabra mas, la pobre Jemima salió muy conturbada.

El padre de miss Sedley era un comerciante de Londres en una condicion acomodada. Miss Sharp era una discípula recibida gratuitamente, por la cual miss Pinkerton pensaba haber hecho bastante sin concederla á su marcha el alto favor del diccionario.

Las cartas de las directoras de casas de educacion merecen tanta confianza como los epitafios de los cementerios. No obstante, así como se suele encontrar en el número de los finados un muerto digno en realidad de los elogios que prodiga el lapidario á sus huesos, un muerto que fué buen cristiano, buen padre, buen hijo, buen esposo, y que en la hora de su fallecimiento deja una familia inconsolable para llorar su pérdida, así tambien en las instituciones de niños y de niñas, se halla de cuando en cuando un discípulo digno de los elogios que le concede un maestro desinteresado. Miss Amelia era una de estas pocas personas, y merecía todas las alabanzas de miss Pinkerton.

Mucho era ya cantar como un ruiseñor, bailar y bordar perfectamente, y no echar faltas de ortografía; pero además poseía un corazón tan bueno, tan tierno y tan generoso, que se granjeaba el afecto de cuantos se rozaban con ella. Amelia contaba doce amigas íntimas en el colegio. La envidiosa miss Briggs no habia podido salir de ella; la nieta de lord Dexter, miss Saltire, decia que habia en ella mucha distincion, y miss Swartz, la rica criolla de San Kitt, echó á llorar con tal abundancia que hubo que llamar al doctor Kloss, quien la inundó de vinagre aromático. Miss Pinkerton la manifestaba un afecto apacible y digno. Miss Jemima estaba desconsolada.

Como nuestras relaciones con Amelia deben ser muy frecuentes, no será inútil decir desde luego que era de una naturaleza bondadosa y sencilla. Gran felicidad es en la vida y en esta novela que abunda en pícaros de marca mayor, el tener en nuestra compañía una persona tan buena y virtuosa.

Pero como no es una heroína, me dispensaré de hacer su retrato, pues en verdad temeria que para ese papel principal su nariz no fuese muy corta, y sus mejillas demasiado llenas. De todos modos diré que en su rostro lucía los colores de la salud, y en sus labios la mas fresca sonrisa. Tenia unos ojos en que chispeaba el júbilo mas vivo y franco, aunque no en los casos en que se llenaban de lágrimas, los cuales se repetían á menudo, pues la cándida criatura era capaz de llorar por la muerte de un canario, ó por la reprimenda mas ligera. Miss Pinkerton cesó muy pronto de reñirla, porque lo mismo entendía de sensibilidad que de álgebra, y recomendó á los maestros que la trataran con la mayor dulzura; la severidad habria sido injusticia con miss Sedley.

Por eso cuando llegó el día de su marcha, miss Sedley, siempre entre la risa y las lágrimas, se encontró en un apuro; se recogió porque volvía á su casa, y se entristecía porque salía del colegio. En los tres últimos dias Laura Martin no se separó de ella; recibió catorce regalos por lo menos, tuvo que hacer otros tantos, y prometió catorce veces que escribiría todas las semanas.

El dolor de los últimos momentos fué menos vivo gracias al discurso admirable que miss Pinkerton dirigió á la niña. En la mesa del salon habia un pastel de anís y una botella de vino, como cuando llegaban al colegio los padres de alguna educanda, y despues de haber tomado su parte en el refrigerio, miss Sedley se dispuso á marchar.

— Becky, ¿quereis entrar á despediros de miss Pinkerton? dijo miss Jemima á una joven en quien nada fijaba la atencion, y que bajaba la escalera con una caja de carton en la mano.

— Debo hacerlo, contestó miss Sharp con mucha calma, lo que sorprendió á miss Jemima.

En seguida llamó á la puerta, y habiendo recibido permiso para entrar, se adelantó con serenidad y dijo en un francés muy correcto:

— *Mademoiselle, je viens vous faire mes adieux.*

Miss Pinkerton no comprendía el francés, aunque dirigía colegiales que le sabían. Se mordió los labios, levantó su venerable rostro adornado con una nariz á la antigua y contestó:

— Buenos dias, miss Sharp.

Y al hablar así la Semiramis de Hammersmith alargaba el brazo como en señal de despedida y como para dar ocasion á miss Sharp de que estrechara uno de los dedos de su mano que se habia quedado en el camino con ese fin.

Miss Sharp apartó la mano con una sonrisa glacial y haciendo una reverencia muy profunda, y declinó el

honor que la querian hacer. En ese movimiento, el majestuoso turbante que llevaba en lo alto de la cabeza la Semiramis experimentó una sacudida de indignacion sin ejemplo. Era aquello una pequeña lucha entre la joven y la vieja, y esta quedaba vencida.

— El cielo os colme de bendiciones, hija mia! dijo abrazando á Amelia y lanzando una mirada terrible á miss Sharp por encima del hombro de la joven.

— Salid pronto, Becky, dijo miss Jemima muy conmovida y lanzándola fuera de la sala.

Y la puerta se cerró detrás de ella para siempre.

En el patio comenzaron las escenas desgarradoras de la despedida; los corazones sensibles nos agradecerán que saltemos estos pormenores.

La despedida se acabó, y nuestras viajeras, ó mas bien miss Sedley, dejó á sus amigas; pues por lo que toca á miss Sharp habia entrado sin ruido ninguno en el coche, y nadie lloraba su pérdida.

Sambo cerró la portezuela del coche y saltó á la traserera.

— ¡Esperad! gritó miss Jemima lanzándose hacia la verja con un envoltorio. Aquí teneis sandwiches, querida mia, dijo á Amelia por si teneis hambre; y vos, Becky Sharp, hé aquí un libro para vos que mi hermana... es decir que yo... es el diccionario de Johnson... no podeis marcharos sin él. ¡Buen viaje!...

Y la pobre miss Jemima volvió al jardín vencida por sus emociones; pero en el momento en que el cochero azuzaba á los caballos, miss Sharp mostraba su rostro pálido por la portezuela del coche y arrojaba el libro al jardín.

Miss Jemima estuvo para desmayarse de espanto.

— ¡Ah! nunca habria creído que la audacia...

La emocion la impidió completar su frase; los caballos del coche corrian a escape, la verja estaba cerrada, y se oía la campana que anunciaba las lecciones de baile.

Y ahora que el mundo se abre para nuestras dos jóvenes, adios, Chiswick Mall.

II.

DE CÓMO MISS SHARP Y MISS SEDLEY SE DISPUSIERON Á ENTRAR EN CAMPAÑA.

Apenas habia visto miss Sharp, al consumir el acto heroico mencionado en el capítulo anterior, que el diccionario rodaba por el jardín y caía á los pies de miss Jemima, la fisonomía de la joven, descolorida por el odio que rebotaba en su corazón, se animó con una sonrisa que no tenia nada de graciosa. Luego se reclinó en el fondo del coche, y dijo como aliviada de un gran peso:

— Buen viaje, diccionario, y gracias á Dios que he salido de Chiswick.

En presencia de aquel desafio tan resuelto, miss Sedley se habia quedado tan cortada como miss Jemima. Acababa de dejar el colegio hacia un minuto; y en tan corto tiempo no se disipan las impresiones de seis años. En suma, Amelia se habia quedado estupefacta con aquel acto de insubordinacion.

— ¿Qué habeis hecho, Rebeca? dijo al cabo de una pausa.

— ¿Creéis que miss Pinkerton va á salir para encerrarme otra vez en su infierno?

— No, pero...

— Detesto esa casa, contestó miss Sharp arrebatada por la ira; quisiera que estuviese en el fondo del Támesis, y si miss Pinkerton se encontrase allí tambien, no soy yo quien iria á sacarla. Me gustaria verla en medio del agua con su turbante, sus faldas flotando detrás y su nariz levantada formando la proa del buque.

— ¡Cielos! exclamó Amelia.

— ¡Os asustais! vuestro negro se lo irá á decir; que vaya si quiere, que vaya á contar á miss Pinkerton que la aborrezco con toda mi alma. Quisiera tener ocasion para probárselo. Desde hace dos años no he recibido de ella mas que insultos y ultrajes; nadie me ha tenido amistad, excepto vos; yo no era buena, sino para cuidar á las jóvenes de la clase inferior y para hablar en francés con las señoritas hasta hacerme cobrar aversion á mi lengua materna. El hablar francés á miss Pinkerton era incomodarla; no comprende, y es demasiado orgullosa para confesarlo. Esta creo que es la causa de mi marcha; doy gracias al cielo y me gusta el francés: « ¡Viva la Francia! ¡viva el emperador! ¡viva Bonaparte! »

— Rebeca, ¿qué vergüenza! exclamó miss Sedley, pues era esa la blasfemia mas grande que pudiera salir entonces de la boca de Rebeca.

Decir en aquella época en Inglaterra « ¡Viva Bonaparte! » era lo mismo que decir « ¡Viva Lucifer! »

— ¿Cómo podeis abrigar esos malos pensamientos de venganza y de odio?

— Si la venganza es un mal pensamiento, es al menos muy natural, respondió Rebeca, y yo no soy un ángel.

Y no menta.

Miss Rebeca no tenia un carácter muy benévolo. Decía que todo el mundo se portaba mal con ella; sin embargo, nosotros creemos que esas personas que se llaman víctimas de todo el mundo, llevan en general lo que merecen. El mundo es un espejo que presenta á cada cual sus rasgos característicos.

El padre de Sharp era artista y habia dado lecciones de dibujo en el colegio de miss Pinkerton. Era un hom-

bre hábil, alegre y vividor, pero estaba reñido con el trabajo. Sus principales disposiciones eran para hacer deudas, y su flaco estar en la taberna. Cuando había bebido, acostumbra a maltratar a su mujer y a su hija, y al día siguiente se quejaba de dolor de cabeza, y satirizaba a los pintores compañeros suyos.

Como no alcanzaba a cubrir sus necesidades, y como en Soho donde estaba domiciliado, debía bastante dinero, pensó en mejorar su posición casándose con una joven francesa, bailarina de profesión. Miss Sharp no hablaba nunca de la condición humilde de su madre, pero se envanecía de ser descendiente de una familia de bailarines ilustres. Debemos advertir que cuanto mas entraba en años, mas ganaba en nobleza su raza oriunda de la Gascuña.

Ignorábase en dónde había hecho su educación la madre de Rebeca, y su hija hablaba el francés con la pureza de una parisiense. Entonces era esta una cualidad preciosa que le valió a Rebeca su entrada en el austero colegio de miss Pinkerton: su madre había muerto, y su padre que se hallaba también en un estado desesperado, escribió a miss Pinkerton después de su tercer ataque de *delirium tremens* una carta patética para poner a la huérfana bajo su protección. Poco después bajó al sepulcro.

Rebeca tenía diez y siete años cuando entró en Chiswick, y la trataron como a una colegiala gratuita. Tenía que hablar francés, y en cambio vivía allí sin pagar nada; mediante una corta suma anual recogía de los profesores de la casa algunas migajas de enseñanza.

Baja de estatura, viva en sus movimientos, era pálida y tenía los cabellos de un rubio encarnado. Sus ojos, que siempre tenía bajos, se abrían tanto cuando miraban a una persona, y tomaban una expresión tan singular y comunicativa, que el reverendo M. Crips, acabado de salir de Oxford y vicario del ministro de Chiswick, el reverendo Plowerdew, se enamoró de miss Sharp. Una ojeada le hirió mortalmente en la iglesia de Chiswick. Nuestro joven apasionado iba a tomar el té a casa de miss Pinkerton a quien fué presentado por su mamá, y hasta pronunció la palabra matrimonio en un billete interceptado que debió entregar la que vendía manzanas en el colegio.

Mistress Crips, llamada de repente a Burton debió llevarse consigo a su hijo; pero la idea de que un cuervo había podido introducirse entre las palomas de Chiswick indignó de tal manera a miss Pinkerton, que había despedido a miss Sharp, si no hubiese estado comprometida con una palabra solemne.

Entre las señoritas mayores del establecimiento Rebeca podía pasar por una niña; pero poseía ya esa triste experiencia que da la pobreza. Había peleado con mas de un acreedor, y había sabido alejarle de la puerta de su padre; sabía cómo se pone de buen humor a los tenderos para ganar una comida. Ordinariamente acompañaba en las fiestas a su padre, que se enorgullecía de su talento, y oía los dichos de sus compañeros mal educados, a menudo poco convenientes para una joven. Pero nunca había sido joven, según ella decía, sino que era mujer desde los ocho años. ¿Cómo miss Pinkerton había admitido un pájaro tan peligroso en su jaula?

El hecho es que miss Pinkerton tenía a Rebeca por la criatura mas suave; tan admirablemente había desempeñado su papel cuantas veces su padre la llevó a Chiswick. Era a sus ojos una niña modesta e inocente. El año antes de entrar en la casa (tenía entonces diez y seis años) miss Pinkerton con su aire majestuoso y después de un corto discurso, la dió de regalo una muñeca confiscada a miss Swindle, a quien habían sorprendido jugando en las horas de clase. ¿Qué de burlas entre el padre y la hija cuando regresaban del colegio a su casa! ¿Cuál no habría sido la cólera de la buena miss Pinkerton si hubiera visto cómo Rebeca la ponía en caricatura mediante su muñeca! Entablaba con ella largos diálogos que divertían sobre manera a todo el barrio de los artistas. Ya era bien conocida en la taberna la pobre miss Pinkerton.

Una vez Rebeca tuvo el honor de pasar algunos días en Chiswick, y se trajo una Jemima, es decir, otra muñeca a la imagen de miss Jemmy. Y sin embargo, la buena muchacha la había dado una carga de pasteles y dulces y siete chelines. Pero la ironía en Rebeca era superior a la gratitud, y sacrificó a miss Jemmy lo mismo que a su hermana.

Cuando la muerte se llevó a su padre, La Mall se abrió para ella como una nueva familia; pero las reglas severas de la casa le eran insoportables. Las oraciones y las comidas, las lecciones y los paseos, que tenían lugar con una regularidad eterna, acababan con su paciencia, y recordaba las caricias de Soho deplorando haberlas perdido. Todos se imaginaban que la consumía el dolor de la muerte de su padre. Sus jóvenes compañeras la oían sollozar en su guardilla toda la noche; pero era de rabia y no de dolor. No había disimulado mucho hasta el momento en que lanzada en el abanico aprendió a fingir. Había andado muy poco con mujeres. Su padre, aunque apartado del mundo, no carecía de inteligencia, y su conversación era mas agradable para ella que la de cualquiera otra persona de su sexo. La vanidad pretenciosa de miss Pinkerton, la alegría intempestiva de su hermana, las conversaciones insípidas de las niñas, y la exactitud glacial de las maestras la causaban un enojo constante. Si la infelicitad hubiera tenido un corazón tierno y maternal, habría hallado interés en las confidencias de las jóvenes que le estaban confiadas; pero vivió con ellas dos años, y ninguna sintió su marcha. Sin embargo se

hizo amiga de Amelia; ¿quién no habría podido amar a esta joven de corazón tan bueno?

La felicidad, las ventajas sociales de las colegialas entregaban a Rebeca a los crueles tormentos de la envidia.

— ¡Qué tono se da esa, decía, porque es hija de un conde! ¿Cómo se inclinan y se arrastran delante de esa criolla porque tiene cien mil libras! Yo soy cien veces mas viva y mas agradable que esa criatura con todo su oro: mi cuna está al nivel de la de la hija del conde con todos sus pergaminos; y sin embargo, aquí todos me huyen, en tanto que en casa de mi padre todos mis amigos dejaban los bailes y las fiestas por venir a nuestra tertulia.

Así sucedió que resolvió libertarse a toda costa del encierro en que se encontraba, y bajo este concepto comenzó a levantar sus planes para el porvenir.

Lo primero que hizo fué aprovecharse de los medios de instrucción que su posición la ofrecía. Con bastantes conocimientos en la música y poseyendo bien una lengua extranjera, recorrió rápidamente el círculo de los estudios considerados como necesarios para las damas de su tiempo. Trabajaba sin descanso en la música, y un día de salida que ella se había quedado en el colegio, nuestra augusta matrona la oyó ejecutar una pieza con tal perfección, que pensó prudentemente poder ahorrar el gasto de un maestro para las mas pequeñas, y anunció a miss Sharp que en lo sucesivo las debía enseñar la música.

La joven hizo acto de oposición por la primera vez, y la majestuosa miss Pinkerton oyó con sorpresa:

— Yo estoy aquí para hablar francés con las niñas y no para enseñarlas la música y economizaros el dinero; pagadme y lo haré.

Nuestra augusta matrona tuvo que ceder, y naturalmente la guardó rencor desde aquel día.

— Durante treinta y cinco años, exclamó, nadie se ha atrevido a sublevarse en mi propia casa contra mi autoridad; he abrigado una víbora en mi seno.

— ¡Una víbora! Os chanceais, dijo miss Sharp pálida de cólera; me habeis tomado porque os era útil, y no debe mediar entre nosotras ninguna gratitud. Detesto esta casa y no aspiro mas que a salir de ella: no quiero hacer aquí mas de lo que debo.

Y por mas que la vieja maestra la hacia observar que estaba hablando con miss Pinkerton, ella sin hacer caso se reía con un aire insultante y diabólico, hasta tal punto, que miss Pinkerton estuvo para caer en un ataque de nervios.

— Dadme dinero, decía la joven, ó si lo preferis, buscadme un buen puesto de aya en una familia noble; esto es bien fácil para vos.

Y desde entonces en todas sus disputas repetía el argumento:

— Buscadme una posición; no podemos vernos y estoy pronta a salir de esta casa.

La digna miss Pinkerton, aunque estaba condecorada con una nariz a la romana y un turbante, y aunque su estatura era de granadero, no poseía sin embargo una voluntad y una energía iguales a las de Rebeca; así es que en vano luchó con ella y quiso intimidarla. Viéndose una vez reñida en público, Rebeca recurrió a la estratagema mencionada mas arriba, y respondió en francés, lo que dejó en ayunas a miss Pinkerton. Para mantener el principio de autoridad en el colegio era preciso que saliera de él aquel monstruo, aquella serpiente, aquella tea incendiaria.

Por entonces supo miss Pinkerton que la familia de sir Pitt Crawley necesitaba un aya, y al punto recomendó a miss Sharp, aunque era una serpiente y un monstruo.

— En la conducta de miss Sharp, se dijo, no hay nada de reprehensible, si no es respecto a mí, y no puedo menos de reconocer que es una joven de talento. Hará honor al sistema de educación adoptado en mi casa.

De este modo miss Pinkerton ponía su conciencia de acuerdo con sus recomendaciones, y daba libertad a miss Sharp; la batalla descrita en algunas líneas duró muchos meses.

Miss Sedley tenía diez y siete años y estuvo a punto de salir del colegio. A consecuencia de la amistad que tenía a miss Sharp, único punto en el carácter de Amelia que no satisfacía a la venerable matrona, la convidó a pasar una semana en casa de sus padres antes de entrar en el seno de la familia que esperaba sus servicios.

Abriase pues el mundo para entrambas jóvenes. Para Amelia representaba como una flor en todo el brillo de su frescura y novedad; pero no era tan nuevo para Rebeca, pues a decir toda la verdad sobre el asunto del reverendo Crips, la vendedora de manzanas insinuó a una persona, que afirmó el hecho por haberlo oído jurar a otra persona, que entre M. Crips y miss Sharp había habido mucho mas de lo que se había confiado al público, y que la carta interceptada era contestación a otra. ¿Pero quién podrá descubrir la verdad en este punto?

(Se continuará.)

Un interior persa.

Una de las grandes curiosidades de la Rusia es seguramente un interior de casa como el que se ve representado en la hermosa composición de M. Schœff reproducida en la página siguiente. Establecida en paralelogramo a pocos pies sobre la tierra, la pieza principal, salon, talar ó divan-khauch, ocupa en toda habitación de cierta importancia la altura entera del edificio. Su fachada, adornada de plantas y de flores con grandes

vidrieras ó cortinajes, tiene vista a un jardín. En la misma pieza hay fuentes ó surtidores de agua que corre por el suelo en unas medias cañas de mosaico de mármol, medio oculta entre soberbias alfombras. En las paredes hay nichos, alcobas y ventanas. A veces, sobre una de esas alcobas, hay un compartimiento para los amigos íntimos. Hojas de jaspe y de agata cortadas en forma de tablero de damas forman una galería alta en derredor, y no hay parte ninguna de la superficie que no esté cubierta de porcelanas, esmaltes incrustados con inscripciones, pinturas de figuras al óleo y arabescos al temple, cristales y lunas de Venecia, bandas de metal, piedras preciosas, etc. El mármol de Táuris de una transparencia verdosa con el cual hicieron los indios el trono del schah en Teheran, representa un gran papel en el lujo de los monumentos de esa ciudad. La religión schista no se pica de iconoclasmo, al menos fuera del arte religioso, como la de los árabes y los sunnitas turcos, y con frecuencia se ven retratos hechos por los pintores persas de los personajes de la Europa actual, que adornan siempre del calzon corto y el sombrero de tres picos del siglo XVII.

Pero sobre todo en las bóvedas, en las cornisas y en los capiteles es donde se producen las maravillas mas originales de esa arquitectura oriental, de la cual parece ser la ogiva el principio regenerador, ó cuando menos el elemento de predilección que se nota en toda la obra en una unidad perfecta. Si han comparado el estilo de las naves góticas a ciertos efectos de vegetación forestal, incontestablemente se pueden atribuir a modelos ofrecidos por el reino mineral ese sistema de prismas, de estalactitas y de cristalizaciones que desde la Alhambra hasta la India es el tema tradicional é inagotable sobre el cual improvisan su plan preparatorio y con una sencillez de medios increíble los mas humildes obreros indígenas. La mirada se cansa de seguir, como en las ciento veinte metamorfosis del carbonato de sal, el capricho y la precisión geométrica de las infinitas combinaciones de simples ángulos salientes y entrantes que con ayuda de algunas líneas forman un laberinto de alvéolos.

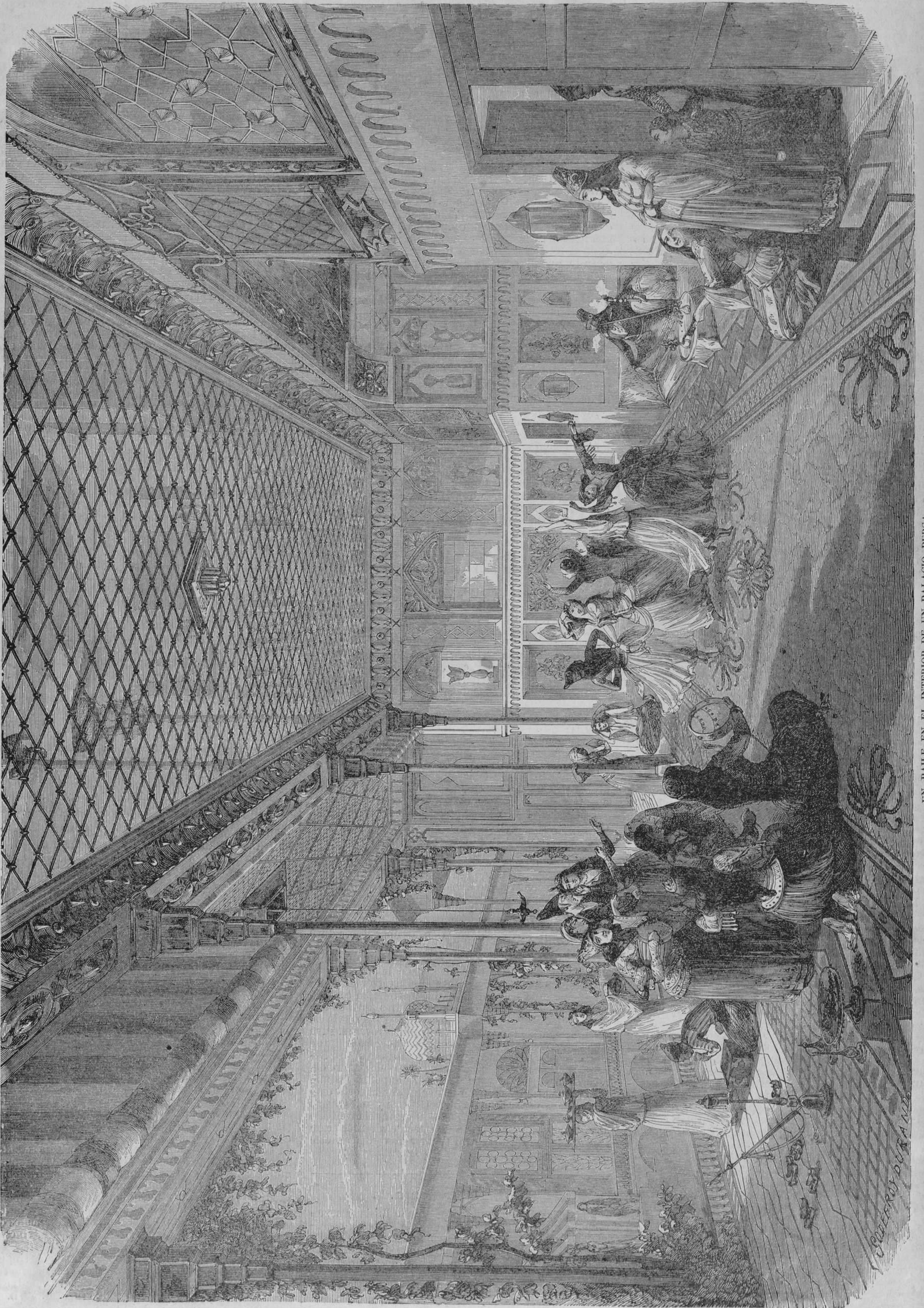
A las profusiones de la forma se añade a menudo, como se ve en parte en nuestra lámina, la brillantez de la materia. La mayor parte de esos interiores, de aspecto tan miserable por fuera, se hallan llenos de espejos reunidos por filetes de latón; parece que se está en una gruta de diamantes. Hay pocas residencias reales y habitaciones de la clase alta que no posean como el famoso Tcheel-sutonn de Ispahan, su *Sala de los Espejos*.

Los orientales son muy aficionados a ver bailar, pero encuentran que es muy cansado entregarse a ese ejercicio, y así es que la danza entre los persas se halla abandonada a ciertas mujeres sobre las cuales recae la reprobación social. Fácil es comprender el grado de fuerza de esta preocupación en un país donde la mujer no necesita pertenecer al mundo de las cortesanas para ser considerada como un objeto de placer ante todo. Nunca ha existido allí, que yo sepa, esa categoría superior de bayaderas consagradas en la India a las ceremonias del culto, y desde el establecimiento de la dinastía de los kadjares, ninguna de las diversas corporaciones de bailarinas se presenta ya en la corte. Sin embargo, hay pocas fiestas ó reuniones particulares donde no la llamen. Bien retribuidas bailan como los hebreos infieles en torno del becerro de oro, y no reciben otra moneda que los tomanes (el toman vale poco mas de dos pesos), que abundan mucho en sus adornos. Se han visto mujeres que llevaban por mas de diez mil escudos de pedrerías.

Su traje ordinario consiste en una camisa corta de muselina, un ancho pantalon, que suele ser de tela estampada de Lion, y una chaquetilla de seda ó de cachemira. El gorrito que apenas cubre la cabeza está adornado de espigas y de perlas. Sobre todo en el vestido se ve una infinidad de collares, talismanes, brazaletes y broches; por último, la cara, las manos, las plantas de los pies y otras partes del cuerpo están pintadas con dibujos muy originales.

Componen el invariable asunto de la mímica coreográfica el amor feliz ó desgraciado, los celos, las citas con el amante, en suma, todos los movimientos de la pasión y principalmente aquellos que se dirigen a los sentidos. Nada hay en esos bailes que demuestre ningún método. Se procede por el andante de pasos lentos hasta una acción animada extraordinariamente, tanto que puede causar a los espectadores distracciones que pasan los límites de una sensibilidad puramente pintoresca. Es de advertir que en los principios que rigen las costumbres de la sociedad persa, la continencia es mas que un defecto, es un pecado. Así se mecen, se columpian y dan rápidas vueltas esas vírgenes locas, Zoreh, Messunich, Keyrenisseh, Tuty, a los sonidos desacordes del *balaban*, especie de oboe agudo; del *schuteq*, flautapifano; de la *cithareh*, bastante parecida al salterio de la edad media; del *kemantcha*, violin; de los tamboriles de barro, etc.; en tanto que algunos de los asistentes marcan un compás cualquiera con las manos y murmuran cantos eróticos. Si como se ve en nuestra lámina, el baile tiene lugar en el anderun, aposento reservado; no presencia la fiesta ningún otro hombre que el dueño de la casa con los eunuocos, los esclavos y varios criados. Además de la pipa, el café y el té, artículos de primera necesidad, se sacan refrescos, sorbetes, vinos y exquisitas frutas.

El conjunto de esa escena caracteriza ese país singular, donde los errores de una civilización decaída no saben mas que entregar fatalmente la vida del hombre a refinamientos iguales de placer y de crueldad. J. L.



UN BAILE EN EL INTERIOR DE UN PALACIO PERSA.

WOODWARD & LOAN



GRAN CONCIERTO EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA, EJECUTADO POR LOS MÚSICOS DE LA GUARDIA IMPERIAL, Á BENEFICIO DE LA CAJA DE PENSION DE LOS ARTISTAS.

Corona solar

OBSERVADA EN EL DELFINADO EL 31 DE MAYO DE 1838.

Un fenómeno cuya causa no se conoce aun exactamente y que pocas veces se observa de dia, se vió el lunes 31 de mayo entre las diez y las once de la mañana, en varios puntos de Francia. No es raro descubrir en torno de la luna un gran círculo blanquecino y en algunas ocasiones coloreado con los matices del arco iris; cuando esa aureola se presenta así coloreada ó muestra únicamente una luz blanca, toma el nombre de arco iris lunar ó de corona.

Esta última expresion se emplea asimismo para designar los círculos luminosos que suelen aparecer en torno del sol; quizá porque este último fenómeno es muy raro no le han dado nombre particular.

Sea como quiera, lo cierto es que ha sido observado últimamente en una parte bastante extensa de la Francia donde se mostró con un brillo inusitado.

Hé aquí lo que dice sobre esto el *Courrier de l'Isère* que se imprime en Grenoble:

«Un fenómeno meteorológico de los mas notables se observó el lunes último en nuestra ciudad entre las diez y las doce de la mañana. El tiempo estaba claro y hermoso. Un arco

iris, ó mas bien, un círculo entero y luminoso se formó primeramente en derredor del sol; en seguida se produjo otro círculo mas extenso que cortaba el primero por en medio y tocaba á la circunferencia del sol; en fin, á una gran distancia de estos dos círculos se vieron muchos arcos al Este, al Oeste y al Mediodia. El primer

círculo reflejaba con toda claridad los siete colores de prisma que sobre todo en ciertos puntos parecían muy brillantes. El segundo círculo cuya dimension era mucho mas considerable, daba una luz blanca, un poco teñida de color de rosa en algunas partes de su contorno.» El mismo fenómeno se observó en Tam y en Montelimar.

En el pueblecillo de Bourdeaux donde se sacó el dibujo que acompaña, no se distinguió primero, dice el autor de la lámina, mas que un círculo único de color blanco; luego otro mas extenso que el primero, y por último se presentaron algunos arcos de círculo menos distintos, ya en medio del primero, ya á alguna distancia del segundo. Unicamente en el segundo se vieron no los vivos colores del arco iris, sino algunos matices débiles que recordaban sus colores.

La simultaneidad de esta observacion en puntos tan lejanos como aquellos en que ha podido hacerse, prueba que el fenómeno tiene lugar en la atmósfera á alturas muy superiores á las de las nubes; pues sería difícil admitir que la misma nube pudiera aparecer á un tiempo en Grenoble y en Montelimar. — El pueblecillo donde se observó tal como se ve en nuestro dibujo se halla en un punto intermedio entre esas dos ciudades. X.



CORONA SOLAR OBSERVADA EL 31 DE MAYO DE 1838 EN EL PUENTE DE BOURDEAUX (Francia.)

Lengua y literatura

DE LOS PRINCIPADOS DANUBIANOS.

El teatro del gran combate de las razas y de las lenguas es la frontera transilvana y moldo-válaca, á cuya comarca podemos aplicar indudablemente los dos cantos populares titulados: *Mihu y la Ovejilla*.

El primero, y probablemente el mas antiguo, es una de esas bravatas ó retos que se encuentran en todas las luchas análogas, especialmente en las baladas del Border anglo-escosés. Pero aparte de la lucha de razas se advierte en él la de la autoridad y del bandido. El húngaro Janoch, antiguo bandido, con su mesa de piedra con letras de oro, tiene el aspecto del hombre de autoridad, del magistrado militar que sale á campaña contra el bandido moldavo, y lo que describe completamente á la nacion es que este no derrota al húngaro hasta despues de haber tocado su flauta pastoril.

MIHU.

El jóven Mihu, altivo como el pavo real de los bosques, sigue con paso lento un camino escabroso de la colina Barbart, y alegra las selvas con su flauta de oro de la que hace salir deliciosa melodía.

El valeroso bandido va montado en un pequeño *Murgo* (caballo bayo) al través de la noche y del bosque de Hertzi. Espeso es el follaje, sombría la noche y pedregoso el camino. En tanto que subia y Murgo andaba, las piedras lanzaban chispas y el cielo brillaba como en un día sereno. Y Mihu subia y subia, y sus huellas desaparecian sobre las hojas caídas en las ignoradas sendas, y mientras azotaba las ramas y despertaba las antiguas selvas, decia á su caballo: «¡Ea, Murgo, ea! sigue el camino recto. ¿Porqué te apartas de las sendas? te incomoda el freno? ¿te aprieta la silla? ¿te pesa mi cuerpo ligero?»

— No me incomoda el freno, ni me estrecha la silla, pero lo que me incomoda y estrecha es que veo cuarenta y cinco valerosos bandidos, intrépidos levantinos que abandonaron á sus padres desde la edad mas tierna, y los veo acampados en la cima del peñasco bajo espesos pinos y avellanos. Allí hay una mesa de piedra hendida en cuatro, atada con hilos de hierro, con letras de oro esculpidas. Está sentado á la mesa, dispuesto á lanzarse sobre tí, Janoch el húngaro, antiguo bandido de erizada barba, que le llega hasta la cintura, cubierta con su bordada faja. Y veo, gran Dios, espadas centellantes, fusiles de bala forzada y corazones de acero, y en la cima del peñasco veo á los valerosos húngaros, jóvenes ligeros, robustos y osados con sus grandes cascos de los que cuelgan largas colas que caen sobre sus hombros. Van á oír mis pasos y nos acometerán. ¡Desdichado de tí! ¡desdichado de tí!

— ¡Ea, Murgo, ea! sigue tu camino porque Mihu es valiente. No temas mientras viva, fíate en mí, en estos membrudos brazos, en este ancho pecho bien cubierto de hierro y esta espada de acerado filo.»

Y Murgo, ligero como el pensamiento, deja la colina y vuelve á seguir la senda.

¡Mira en el bosque, mira! Mientras Janoch bebía y se regocijaba, se detiene súbitamente petrificado y se anubla su frente porque oye á intervalos en medio de las selvas una altiva canción, canción de un valiente, y el sonido de una flauta que exhala deliciosa melodía. Mira, mira como Janoch se estremece y se lanza gritando: «¡Deteneos, oid, mis valientes! ¡Tomad las armas porque oigo el sonido de una flauta que resuena entre las hojas y alegra las selvas! Pronto; preparaos; partid al momento é interceptad el camino en el puente de Hartop, en el valle del álamo, en el angosto sendero, cerca de la fuente que brota murmurando. ¡No le hagais daño! Pero si es un atolondrado, hechizado por las mujeres, dadle un bofetón y dejadle pasar.»

Los húngaros bajan de la cima é interceptan el camino, pero Mihu les dice luego que les ve. «¡Ola, valientes, oid! El que os envía os entrega en manos de la muerte.» Y antes de acabar estas palabras se arroja sobre ellos, los vence á todos y continúa su camino al través de la verde selva. Y mientras Murgo andaba, las piedras lanzaban chispas y el cielo brillaba como en un día sereno. Se dirige sin pararse hácia Janoch que dice: «Valientes, disparad los fusiles y herid con las lanzas.»

— Dejad los fusiles, dejad las lanzas, porque soy Mihu y voy á cantaros una altiva canción, canción de valiente, con mi flauta que exhala deliciosa melodía.

Y los húngaros, sobrinos de Janoch, se quedan petrificados y absortos. Y hé aquí, hé aquí que Mihu empieza á recitar con dulzura y amor una canción plañidera de tanta gracia que los montes resuenan, los pinos se balancean, las hojas murmurán y las estrellas brillan y detienen su curso.

Y todos los húngaros escuchan enternecidos, y Janoch suaviza su voz para hablar á Mihu y convidarle á su mesa. «Ven, Mihu, ven, valiente de los valientes, gozemos del festín, alegrémonos y despues combatiremos.» Se reúnen todos, se sientan á la mesa, se sacian y regocijan, y lanzan alegre gritería que despierta la antigua selva. Pero terminado el banquete, y repletos de ricos manjares y exquisitos vinos, Mihu el moldavo y Janoch el húngaro se apartan á un lado y empieza la batalla.

Los húngaros miran y se asombran al ver cómo se revuelven, se azotan y se derriban como dos dragones. Y hé aquí, hé aquí que Mihu se para de pronto en su

sitio, coge al húngaro, le levanta, le arroja, le hace arrodillar y humilla su cabeza. Y los húngaros se quedan petrificados y llenos de terror. Mihu les despierta y les dice: «¿Quién de vosotros, valientes, podrá levantar mi maza, mi fusil y mis pesadas armas? Que venga y seguirá conmigo en la sombra de los bosques la vida de valiente.» Los húngaros se acercan, se bajan, pero lo intentan en vano, porque ninguno puede sostener sobre sus hombros las armas de Mihu reunidas en el suelo. «Ea, muchachos, dejad las selvas y volved á tomar el arado, el azadon y la pala.»

Dice, y Mihu el valiente levanta sus armas con un dedo, monta en su Murgo y sigue radiante de alegría su camino.

Y la selva se estremece y resuena con los ecos de una altiva canción, canción de valiente, y con los acentos de la flauta que exhala deliciosa armonía.

La Ovejilla es una canción de carácter mas antiguo, en el cual respira esa amable fraternidad del hombre con la creación y esa resignación excesivamente fácil que es por desgracia el rasgo característico de los rumanos. El hombre no opone resistencia á la muerte ni la ve llegar con terror, sino que la acoge, se une sin dificultad con ella, y consume sin quejarse su enlace con «la reina y desposada del mundo.» Salió ayer de la naturaleza, y parece que hoy siente ya un placer en volver á su seno.

Un ilustre rumano, dice J. Michelet, escribió á un amigo francés estas notables palabras:

«¡Cuántos días, cuántas noches de insomnio he pasado leyendo las canciones populares en que está escrita para nosotros la historia de nuestra patria, pero vertiendo amargas lágrimas al pensar que el mundo se ve privado de su mas hermosa página!... Puedo decir sin modestia ni amor propio que la historia de la Rumanía contiene diez y ocho siglos de portentos y desgracias.»

«Suponed por un momento que Francia hubiera vivido cinco siglos hallándose constantemente en la hora sublime de vuestras alianzas, cinco siglos en el campo de Jemmapes y ocho siglos sobre Waterloo, sin historiadores y de modo que el mundo ignorase hasta la existencia de vuestra patria... ¡Oh!... no hagais semejante suposición, porque os destruiria el alma.»

Es indudable, sin embargo, que si un verdadero historiador, un crítico perspicaz y profundo, recogiese en los anales de los pueblos vecinos los hechos históricos de la Rumanía, podría hallar su pasado y reconstituir su historia.

El eminente Belasco, cuya muerte lloran las letras rumanas, tuvo la dicha de encontrar en 1846 en un monasterio de los Cárpatos un poema histórico de gran valía, titulado: *Cantarea romania*, canto de la Rumanía, en el cual se hallaba toda la historia en algunas páginas y sacada del alma del pueblo.

Ha sido imposible descubrir el autor y la época; se cree que era un monje que vivía en la soledad empapado en la lectura de los libros sagrados, porque en los monasterios y grutas de los Cárpatos se han albergado muchos monjes que expresaban con lenguaje lleno de poesía bíblica los padecimientos del pueblo y han previsto lo venidero. El mas conocido es el padre Espiridion. Los monjes pobres y los solitarios, así como los sacerdotes rumanos, tanto en los principados como en Transilvania, no se han separado jamás del pueblo, ni por el género de vida, ni por el corazón: esta es la única causa de su influencia con el pueblo.

El carácter de letra en que está escrito y ciertas palabras inducen á creer que este poema ha sido escrito en nuestros días, en uno de esos años de gran movimiento popular, como en 1830. Las revoluciones francesas ó los movimientos de Italia llegaron con el eco de su estruendo hasta las soledades de los Cárpatos, y abrieron el corazón del eremita que vió á su patria gimiendo bajo la dominación rusa, recordó los días de la antigua pujanza rumana, y reveló á sus hermanos los presagios de un porvenir de dicha é independencia.

La Rumanía fué la que, con Hungría y Polonia, sostuvo el atroz combate de cinco siglos que cerró la Europa á los tártaros primero y despues á los turcos.

Se leen en un folleto de M. Armando Levy estas elocuentes palabras: «Cuarenta iglesias sembradas en el suelo moldavo atestiguan cuarenta victorias de Estéban el Grande contra los turcos... ¡Quién puede contar los mártires de la causa nacional desde Cantacucenes, despojado y proscrito, Balaceano y Braziano, condenados á muerte, y los Vacaresco desterrados á Chipre, víctimas todos de los Fanariotas; mas adelante, el hospodar Ghika, decapitado por haber protestado contra la toma de Bakovina por el Austria en 1777, Viádimiresco, que en 1824 derrocó á los príncipes extrangeros del Fanar y fué asesinado á manos de los ayudantes de campo de Ipsilanti, hasta los doscientos de Bucharest que defendieron la entrada de la ciudad?...»

¿Resucitará este pueblo á pesar de tantas y tan prolongadas desgracias? La manifestación del voto público en favor de la union, expresado en las segundas elecciones de Moldavia, es un gran paso hácia la realización de las esperanzas de los rumanos. Por otra parte, este es al menos el porvenir mas ó menos próximo de las nacionalidades que yacen en el día ahogadas bajo el peso de razas mas afortunadas. La Rumanía tiene además orgullo en su pasado, y á pesar de su larga agonía y de sus diez y ocho siglos de existencia, es jóven aun y no debe desesperar de su destino.

GREGORIO AMADO LARROSA.

POR NO SER TRECE.

(Conclusion).

SEIS MESES DESPUES.

Seis meses mas tarde, Eugenio Milbert llegaba á Lion en la diligencia, y no hallaba asiento para la que debía salir al día siguiente para Ginebra. Veinte veces le asaltó la idea de marchar á pié, pero pensó que no por esto llegaria mas pronto. Entró en un café para pasar allí la tarde: sentóse en un rincón: pidió cerveza y encendió un cigarro: extraño é indiferente á cuanto pasaba á su alrededor, y enteramente entregado á sus recuerdos, á sus temores y á sus esperanzas.

Dos hombres jugaban al billar.

Milbert los miró un momento sobre todo para comprender el sentido del lenguaje extraño que heria sus oídos por primera vez.

Suscitóse á poco una cuestion sobre una jugada y convinieron en someterse al parecer de los espectadores. Uno de estos era Milbert, que hacia ya mucho tiempo que no prestaba atención al juego.

— Caballero, ¿quereis decirnos vuestra opinion sobre el golpe que se disputa? le dijo uno de los jugadores.

— Caballero, no lo he visto.

— ¡Es imposible!

— Digo, caballero, que no lo he visto.

Milbert se levantó, pagó y continuó fuera fumando su cigarro y entregándose á sus sueños. Acabado aquel quiso encender otro, vió en la sombra como una pequeña luz roja á unos cinco piés del suelo: pensó que era la punta de otro cigarro, cuyo fumador no veía. Se dirigió á este astro, como los reyes magos á la estrella que los guió á Belen. No tardó en alcanzarla, y dijo á la persona que suponía detrás del cigarro:

— Caballero, ¿me haceis el favor del fuego?

La estrella roja bajó poco á poco hasta dos piés y medio del suelo, y una voz que salía de la altura á que antes habia brillado la estrella, dijo con voz ronca:

— ¡Ah! ¡pardiez! ¡estais aquí! ¡me alegro encontraros!

Milbert comprendió que su interlocutor se habia quitado el cigarro de la boca y que lo tenia en la mano.

— Es posible, respondió; pero ¿porqué me reconocéis?

— ¿No estábais hace poco viendo jugar al billar?

— Precisamente.

— ¿Y no os han hecho una pregunta sobre una jugada?

— Por la misma me he salido del café.

— Pues ahí teneis porqué os buscaba.

— ¿Para qué?

— Para decirnos que sois un impertinente.

— Y yo huía de vospor no veros ni oiros.

— ¡Ah! ¡sois un insolente!

— ¡Caballero!

La estrella roja cayó al suelo y se apagó, porque la mano que la sostenia tenia que hacer otra cosa.

Extendióse hácia adelante como para dar un bofetón á Milbert, pero solo alcanzó el sombrero.

Eugenio se lanzó sobre su interlocutor: salieron del café y los separaron.

Se convino en que al día siguiente arreglarían un par de sables aquel asunto.

A la mañana siguiente Milbert fué herido, y desde la cama escribió á Félix Duport la siguiente carta:

«Mi querido Félix: estoy de vuelta en Lion tan poco adelantado como cuando dejé á Ginebra, donde un bribon me ha dado un tajo esta mañana, desgarrándome de paso mi frac gris, sobre el cual no podré ya tener incertidumbre ninguna, fijando mi eleccion en el frac azul.

Nada me ha salido bien: he dejado á Paris y no he dado noticias mias á M. Sauders. Antes de tomar una resolución, es preciso que sepa, y pronto, lo que ha pasado durante mi ausencia: enviame correo por correo las cartas que hayan venido dirigidas á mí.

Siempre tuyo.

EUGENIO.»

FÉLIX DUPORT A EUGENIO MILBERT.

«Espero que tu herida no será peligrosa: de no ser así, dejaria todo por ir á tu lado: haz el favor de decirme sobre este punto la verdad.

Adjuntas son dos cartas que llegaron poco despues de tu marcha, la primera con un propio, la segunda dos días despues por el correo.»

Unida á esta carta de Félix Duport iban otras dos de Fanny Milbert. Despues de haberlas leído se levantó bruscamente de la cama, quiso vestirse y marchar, y cayó sin conocimiento.

Vuelto en sí, escribió á Duport:

«Te envío las dos cartas que me incluías; léelas y juzga de mi desesperacion. He querido marchar y me ha sido imposible: al salir de la cama he caído sin movimiento ni fuerzas. En nombre del cielo, corre á Montreux: vé á asegurarte de esta horrible desgracia que todo me confirma y anuncia que es cierta, y escribe, escríbeme pronto. No me ocultes nada; no pierdas un instante: te lo ruego hasta de rodillas.»

Enviada ya la carta, se apoderó de Milbert una calentura tan violenta, y á consecuencia de esta tal delirio, que pusieron en peligro su vida: hablaba de Fan-

opino porque debemos entrar.

Hallaron á Fanny y á Eugenio llorando uno en brazos de otro.

Eugenio se separó de su amada para arrojar en brazos de su tío.

— ¡Oh! tío; ¡qué traición!...

— ¡Y la tuya!... Mira: ella es la que ha hecho todo esto; ella manda como dueña absoluta; ella me ha hecho quitar mi peluca; ella me ha hecho viejo para tener un tío verdadero. ¡Si supieras cómo me ha reñido por no haber llegado á tiempo á la fonda de Lion, cuando te se antojó marcharte á América! ¡Si vieras cómo ha llorado!...

Vamos, vas á entrar en el salon con ella del brazo, y mañana marcharemos al Valais.

— Con que tú, Félix, sabías...

— Todo; pero solo después que te marchaste al otro mundo.

— Vamos, vamos, dijo el tío Eloy; están bailando; volvamos al salon. Mas tarde hablaremos de todo esto.

FIN.

Tres jóvenes del Senegal en Francia.

Un buque del Estado, el *Yonne*, procedente del Senegal, ha traído tres jóvenes hijos de jefes del país, que vienen á terminar su educación en Francia. Estos jóvenes negros han excitado en cuantos los han visto una curiosidad simpática, que seguramente merecen; visten el traje turco, y son tan inteligentes é instruidos que causaron alguna sorpresa á los primeros profesores del colegio que los examinaron.

Los tres salen de la escuela de los *Otages* (rehenes), fundada en San Luis por el gobernador del Senegal, M. Faidherbe, que ha creado esa institucion para que se eduquen en ella exclusivamente los hijos de los principales jefes del país. La importancia de esa escuela es

muy grande, pues esos mismos hijos de jefes, que son hoy alumnos, deben suceder á sus padres.

La escuela ha sido abierta y dirigida por un empleado del gobierno francés, M. Jayon, quien en dos años, sin conocer la lengua del país, y con la ayuda de un negro intérprete de los diferentes idiomas que se ha-

pecie de embarcacion compuesta de cuatro piezas de madera reunidas y á flor de agua, que llaman catimaron. En caso de accidente estos catimarones, que llevan siempre dos indios, vuelan en socorro de los naufragos, y de este modo hacen un servicio constante en medio de esa barra peligrosa.



MAKA-AMADY, NAFÉ-BAKARY Y KOLY, HIJOS DE LOS JEFES NEGROS DEL SENEGAL.

blaban en la clase, consiguió que sus tres jóvenes discípulos leyeran, hablaran y escribieran el francés con toda correccion.

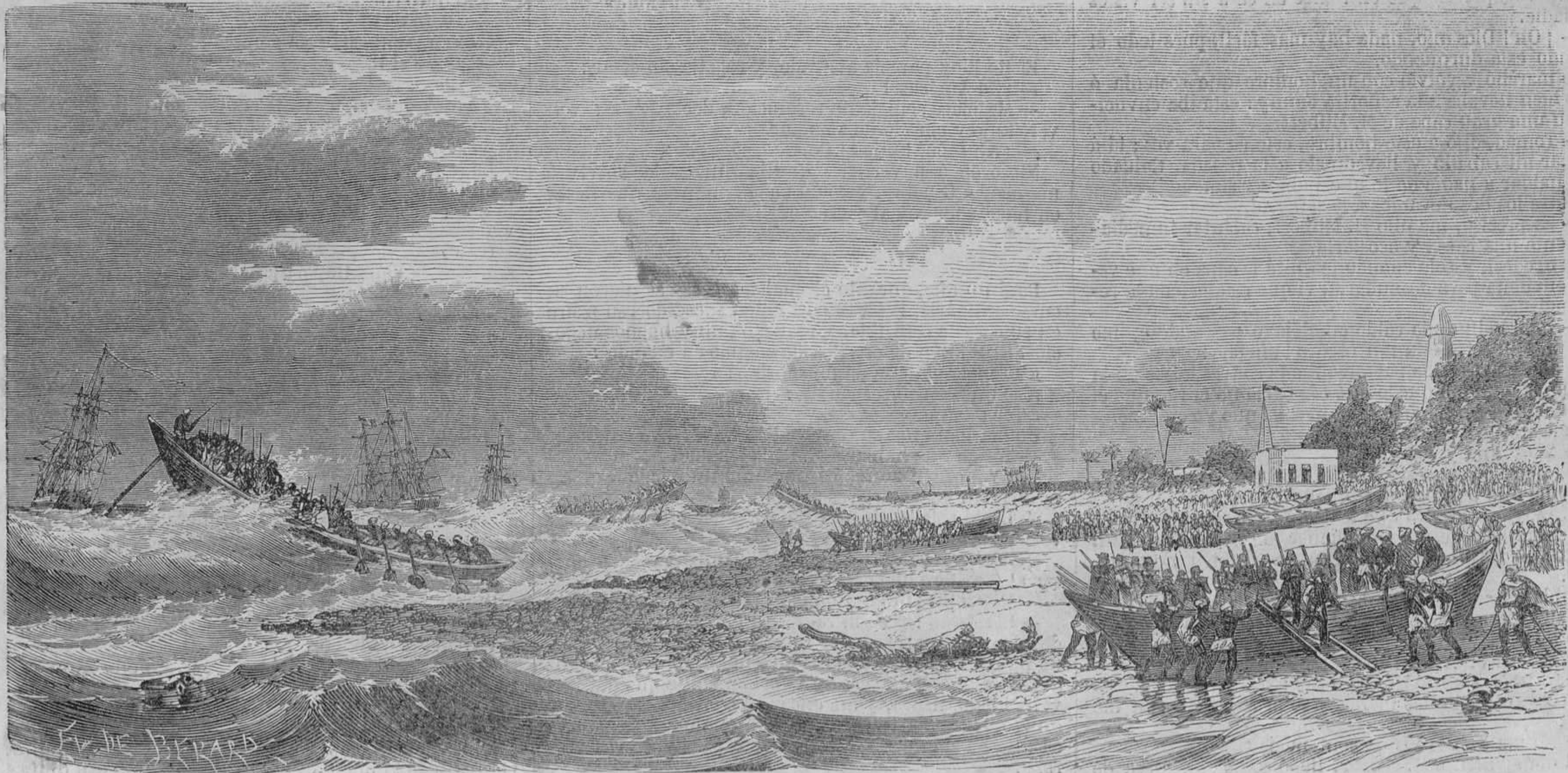
Los tres jóvenes personajes de nuestro dibujo se llaman Maka Amady, Nafé Bakary y Koly.

Desembarco

DE TROPAS FRANCESAS EN PONDICHERY.

Pondichery es la capital de las posesiones francesas en el Indostan. La guarnicion recién enviada de Francia para relevar la que habia ha dado lugar al dibujo que publicamos.

La barra de la India solo es accesible para las embarcaciones del país llamadas schelingues; su fondo llano las impide volcar cuando son lanzadas por las fuertes oleadas de la barra contra el fondo de arena, y sus bordes altos las resguardan mejor que los de los botes comunes. Cuando un buque de la rada quiere mandar gente á tierra iza una señal; la administracion del puerto le despacha las embarcaciones que necesita y que van fuera de la barra á esperar los botes de los buques para tomar la gente que contienen, y en seguida se dirigen á través de las olas, á veces inmensas, que atraviesan al ruido de los cantares de los indios que sirven para regularizar el movimiento de los *pagayos* ó remos. Así que la embarcacion es lanzada á tierra por el mar, los indios se arrojan al agua, la llevan lo mas lejos posible de las olas, y entonces se opera el desembarco. Cuando la mar está brava, la da escolta otra especie de embarcacion compuesta de cuatro piezas de



SO DE LA BARRA EN PONDICHERY POR LAS TROPAS FRANCESAS DESTINADAS A LA GUARNICION DE LA MISMA CIUDAD.